

LA SOMBRA DE PROMETEO

Marzo, 2026

Vol II No. 5

Dossier:

MUERTE Y EXISTENCIA

Parte II

Filosofía,
Literatura,
Arte y
Ciencia

BREVE REFLEXIÓN SOBRE LA MUERTE

ANTONIO MACHADO: LA PASIÓN DE UN
MODERNISTA

LA VIDA NO VALE NADA

EL MUERTO NO ES UN PACIENTE, ES UN TESTIGO

Francisco José Audiye Pacheco, Jorge Rolando Acevedo, Juan Algruta, Edmundo Pérez, Omar Rosa, Federico Rizzo Sebben, Norma Minniti, Norma Beatriz Castillo, Adam P. Astacio Velázquez, Idania del Corral Fumero, Omar Cabrales, María Sofía Abarca, Vicente Ruiz, Isaac M. León Macías, René Pinet Plasencia, Cayla Carbonell Correa, Naomi Díaz, Lesliemarie Ortiz Santana, Aldo Matus, Víctor Gutiérrez, Adriana de Jesús Casas Moreno, Paulo Neo, Enrique Villegas, Noah Evan Wilson, Roberto Poblete Velázquez, María Isabel Chaves Acosta, Carlos Cristian Italiano, Natalia Rychert Slawinska, José Lissidini Sánchez, Sofía Florencia Figueroa Magallán, Mauricio José Sanhueza Granda, Víctor David Manzo Ozeda, David Bedoya Restrepo, Dayhanne Ureña, Adair Zepeda Villarreal, Angélica Guzmán, Amadeus Estrada Cázares, María Ferrer, Salvador Flores, Eduardo Ruiz, Genaro Valdovinos Andrade, Abril Navarrete, Juan Cifuentes, Rubén Cortés Salazar, Julián Castellanos, Josué Isaac Muñoz Núñez, Alejandro Zapata Espinosa, Augusto Villablanca, Silvia Carús, Diana Mesa, Daniel Molina Ruffini, Gustavo Verenzuela Morales, Jorge Etcheverry Arcaya, María del Rosario Ortiz, Daniel Gómez, Carlos Puentes, Alexis de Jesús Salguero González, S.D. Andaluz, Jhon Darwin González, Benjamín Reyes Navarrete, Julián Castellanos, Adriana Aguayo y Alfredo Furlan



Revista LSP

Una revista de la Editorial
La Sombra de Prometeo

WWW.LASOMBRADEPROMETEO.COM
WWW.REVITSA.LASOMBRADEPROMETEO.COM



REVISTA LSP

LA SOMBRA DE PROMETEO

DIRECCIÓN EDITORIAL
EDICIÓN Y DISEÑO

EDUARDO RUIZ CUEVAS

CONTACTO:

INFO@LASOMBRADEPROMETEO.COM

ISSN: 9798266863712

CIUDAD DE MÉXICO, MÉXICO
MARZO 2026
VOL 2. NÚMERO 5

PERIODICIDAD: BIMESTRAL

EDITORIAL

LA SOMBRA DE PROMETEO

ENCENDEMOS IDEAS,
TRANSFORMAMOS PALABRAS EN
FUEGO

©Todos los derechos reservados

Carta del editor

Queridos lectores:
Marzo, 2026

Este proyecto nace y se sostiene por convicción y amor al fuego del pensamiento y la creatividad. La Sombra de Prometeo no recibe ningún tipo de apoyo institucional dentro del sector público o privado. Apostar por la cultura, la filosofía y las artes siempre es un desafío, sin embargo creemos que vale la pena asumir el riesgo.

Por eso hoy los invitamos a apoyar el desarrollo de este proyecto, a través de una membresía en Patreon, la cual no es una donación: es el fuego que permite que La Sombra de Prometeo siga llegando a esos lugares donde la sombra domina.

Al unirte a nuestro Patreon obtienes beneficios, algunos de ellos:

- Tomos impresos enviados directamente a tu domicilio.
- Contenido mensual VIP.
- Acceso exclusivo a talleres de análisis, creación literaria y filosófica, impartidos por el equipo editorial.
- Impulsar las obras de autores y colaboradores.
- Agradecimiento en los créditos de cada número y mención en nuestros eventos.
- Contenido anticipado, archivos digitales y la satisfacción de saber que haces posible que este espacio siga existiendo.

Agradecemos profundamente tu apoyo y acompañamiento. El fuego sigue encendido gracias a ti.

Atentamente,



Eduardo Ruiz Cuevas
Director

Revista La Sombra de Prometeo
CDMX



www.patreon.com/c/LaSombraDePrometeo/membership

Guía para el lector

Este número de La Sombra de Prometeo ha sido excepcionalmente amplio por el enorme impacto que generó en la comunidad de creadores. La convocatoria superó todas las expectativas y obligó a dividir el material en dos partes. En este momento presentamos el segundo número especial.

El tema de la existencia adquiere una relevancia especial en estos tiempos que pretenden negarla. En una era donde las redes sociales censuran incluso la mención de la palabra “muerte”, como si la finitud se hubiera convertido en un tabú moderno, resulta más necesario que nunca hablar de ello. El fuego de Prometeo busca siempre llegar a aquellos puntos que pueden resultar incómodos pero humanamente imprescindibles.

En esta segunda parte de Muerte y existencia, el dossier filosófico se abre aún más hacia la experiencia concreta: dialoga con la música popular, la literatura, la clínica forense y los relatos íntimos para pensar cómo la muerte atraviesa los cuerpos, las ciudades y la memoria colectiva. A los ensayos se suman ahora una selección especialmente extensa de cuentos y poemas, así como un conjunto de obras plásticas que exploran la finitud desde la metáfora visual, componiendo un mapa donde se encuentran la reflexión teórica, la narración de lo cotidiano y la imaginación simbólica. Esta segunda entrega no repite el camino de la primera: lo profundiza y lo desborda, invitando al lector a acompañarnos hasta los límites de lo decible.

La comunidad creadora sigue en plena expansión y hoy abarca México, Estados Unidos, Canadá, Cuba, Puerto Rico, República Dominicana, Colombia, Bolivia, Chile, España, Uruguay, Argentina, Venezuela, Perú y Portugal.

Finalmente, queremos agradecer a todos los autores que hicieron posible este número extraordinario: Francisco José Audije Pacheco, Jorge Rolando Acevedo, Juan Algruta, Edmundo Pérez, Omar Rosa, Federico Rizzo Sebben, Norma Minniti, Norma Beatriz Castillo, Adam P. Astacio Velázquez, Idania del Corral Fumero, Omar Cabrales, María Sofía Abarca, Vicente Ruiz, Isaac M. León Macías, René Pinet Plasencia, Cayla Carbonell Correa, Naomi Díaz, Lesliemarie Ortiz Santana, Aldo Matus, Víctor Gutiérrez, Adriana de Jesús Casas Moreno, Paulo Neo, Enrique Villegas, Noah Evan Wilson, Roberto Poblete Velázquez, María Isabel Chaves Acosta, Carlos Cristian Italiano, Natalia Rychert Slawinska, José Lissidini Sánchez, Sofía Florencia Figueroa Magallán, Mauricio José Sanhueza Granda, Víctor David Manzo Ozeda, David Bedoya Restrepo, Dayhanne Ureña, Adair Zepeda Villarreal, Angélica Guzmán, Amadeus Estrada Cázares, María Ferrer, Salvador Flores, Eduardo Ruiz, Genaro Valdovinos Andrade, Abril Navarrete, Juan Cifuentes, Rubén Cortés Salazar, Julián Castellanos, Josué Isaac Muñoz Núñez, Alejandro Zapata Espinosa, Augusto Villablanca, Silvia Carús, Diana Mesa, Daniel Molina Ruffini, Gustavo Verenzuela Morales, Jorge Etcheverry Arcaya, María del Rosario Ortiz, Daniel Gómez, Carlos Puentes, Alexis de Jesús Salguero González, S.D. Andaluz, Jhon Darwin González, Benjamín Reyes Navarrete, Julián Castellanos, Adriana Aguayo y Alfredo Furlan.

Gracias a cada uno de ustedes.



Revista LSP

Una revista de la Editorial
La Sombra de Prometeo

DOSSIER

BREVE REFLEXIÓN SOBRE LA MUERTE

JOSUÉ ISAAC MUÑOZ NÚÑEZ

10

ANTONIO MACHADO: LA PASIÓN DE UN MODERNISTA

FRAN AUDIJE

17

LA VIDA NO VALE NADA

TÍZOC INFANTE

20

| ENTREVISTA AL DR. JULIÁN CASTELLANOS:

“EL MUERTO NO ES UN PACIENTE, ES UN TESTIGO”

LA SOMBRA DE PROMETEO

23

ARTES GRÁFICAS

EL VUELO DE KHIAM

DANIEL MOLINA RUFFINI

28

| EL CREPÚSCULO DE ELHAZER

DANIEL MOLINA RUFFINI

30

RAÍCES Y VUELO ETERNO

BENJAMÍN REYES NAVARRETE

32

EN EL RECUERDO TE ACOMPAÑO

JOSÉ BENJAMÍN REYES NAVARRETE

34

AMIGA

JORGE ETCHEVERRY

36

ALAS DEL TRÁNSITO

JOÃO AMOÊDO PINTO

38

Revista LSP

Una revista de la Editorial
La Sombra de Prometeo

CUENTO

UNA MUERTE INESPERADA AUGUSTO VILLABLANCA	41
LA CREACIÓN DE LA LUNA CARLOS CRISTIAN ITALIANO	45
EL RECUERDO DEL OLVIDO CARLOS PUENTES	46
CONSUELA EL TÓRRIDO HABLANTE ALEJANDRO ZAPATA ESPINOSA	49
EN UN SEGUNDO DIANA MESA	52
LA PISTOLA MAURICIO JOSÉ SANHUEZA GRANDA	57
DESTELLO VERDE S.D. ANDALUZ	62
ECLIPSE DANIEL GÓMEZ	67
UN VIAJE PARA CELEBRAR MARÍA DEL ROSARIO ORTIZ	69
ETERNO ABRIL JOSÉ LISSIDINI SÁNCHEZ	73
LA PUERTA INVISIBLE SILVIA CARÚS	76

Revista LSP

Una revista de la Editorial
La Sombra de Prometeo

LA MÁQUINA GUSTAVO VERENZUELA MORALES	80
ENCUENTRO MORTAL JHON DARWIN GONZÁLEZ	85
UN SUSURRO ETERNO ALEXIS DE JESÚS SALGUERO GONZÁLEZ	90

POESÍA

AUNQUE NO SE DIGA ASÍ ROBERTO POBLETE VELÁZQUEZ	94
CARTA A MI QUERIDA MUERTE... SOFÍA FLORENCIA FIGUEROA MAGALLÁN	95
OXIDACIÓN JORGE ROLANDO ACEVEDO	97
EL PLACER DE LOS PEQUEÑOS DETALLES NATALIA RYCHERT SLAWINSKA	98
ELLA JORGE ETCHEVERRY ARCAYA	99
SUICIDIO FRANCISCO JOSÉ AUDIJE PACHECO	100
PLEGARIA MARÍA ISABEL CHAVES ACOSTA	103
QUEDÉ ABRIL NAVARRETE MENA	104

Revista LSP

Una revista de la Editorial
La Sombra de Prometeo

EL ÚLTIMO LATIDO JOSÉ LISSIDINI SÁNCHEZ	105
EN FUGA NORMA MINNITI	107
***2 MAURICIO JOSÉ SANHUEZA GRANDA	108
NO LUCHES JUAN ALGRUTA	109
CATARSIS ADAM P. ASTACIO VELÁZQUEZ	110
PROCESIÓN OMAR CABRALES	111
ENGAÑO ALDO MATUS	112
¡PROMESA ROTA...! EDMUNDO PÉREZ	113
CLINT EASTWOOD (O LA COREOGRAFÍA DE CABALLITO CORAZÓN DE ACERO) EDUARDO RUIZ	117
CULTURA	
COLOQUIO DE SOCIOLOGÍA: WEBER Y LA MODERNIDAD DRA. ADRIANA AGUAYO AYALA	121
EL PROBLEMA MORAL DEL ABORTO: ENTRE LA PERSONA Y LA VOLUNTAD INSTITUTO DE INVESTIGACIONES JURÍDICAS, UNAM	125
HACIA UNA PEDAGOGÍA DE LA FINITUD ALFREDO FURLAN	128
MANIFIESTO: MÁS ALLÁ DEL MARGEN	133

The image is a reproduction of the painting 'Prometheus Bound' by Percy Bysshe Shelley. It depicts the Titan Prometheus, who was punished for stealing fire from the gods. He is shown in a state of extreme physical and emotional torment, bound to a jagged rock by his right hand and foot. His body is twisted, with his head thrown back and his left arm reaching out in a desperate plea. He is wearing a red garment that is partially torn. The background is a large, circular, golden disk with intricate lines and symbols, resembling a celestial or astrological chart. The overall tone is dramatic and somber, with strong contrasts between light and shadow.

LA SOMBRA DE
PROMETEO

DOSSIER
MUERTE Y EXISTENCIA

LA VIDA NO VALE NADA

POR TÍZOC INFANTE



El compás se siente antes de que empiece la canción. Una respiración honda, el rasgueo de una guitarra que ya trae el destino encima

José Alfredo escribía lo que le encargaba el destino para cantarlo a viva voz. Y luego, nomás porque sí, se empinaba la botella de aguardiente. “Camino a Guanajuato” no es un corrido, no es un vals, es una declaratoria existencial. Esa frase que resuena como puñetazo en la mesa: “No vale nada la vida. La vida no vale nada.”

Usted que anda presumiendo sus logros, su carro, su título, su amor perfecto. José Alfredo le está diciendo que eso es puro pedo. Pero no un pedo cualquiera, es la verdad más cruda que solo se dice cuando ya llevas tres tarros de más y el humo del cigarro te nubla la mirada. Porque la vida, dice el Rey, comienza con un llanto. Y con un llanto se acaba. Así de fácil, así de cabrón.

Piéñsele tantito. Cuando nacemos, no salimos riéndonos. Salimos jodidos, arrugados, con el pinche frío del mundo pegándonos por primera vez. El primer acto de un ser humano en este mundo no es una sonrisa, es un grito. Un grito de terror, de dolor, pero también de afirmación. Es como si el recién llegado dijera: “Aquí estoy, aunque me esté cargando la chingada”. Ese llanto inicial es la primera moneda que pagamos por el oxígeno. Y José Alfredo, con esa sabiduría de cantinero que ha visto a todos los borrachos, te recuerda que ese llanto es el recibo de entrada. No vinimos a disfrutar, vinimos a llorar.

Pero lo más cabrón de la reflexión no es que empecemos llorando, porque eso es biología. Lo más cañón es que, según José Alfredo, así nos vamos. “Y así llorando se acaba”. Pero, ¿y si no hay quien llore? ¿Y si te vas y nomás te llevas el silencio?

Ahí está el desmadre filosófico del asunto. El llanto inicial es universal. No hay nadie que se salve de llegar al mundo con un berrido. Pero el llanto final, ese que despide, ese es un volado. La canción te habla de caminos, de pueblos, del adiós. Pero en el trasfondo, te está hablando de la soledad más culera: aquella donde te mueres y nadie se entera o, peor aún, donde se enteran y les vale madres.

Porque si la vida no vale nada, ¿qué queda cuando ya no estás? Queda el olvido. Ese pinche olvido que es peor que la muerte. La muerte es un instante, un suspiro que se corta. El olvido es eterno. Y ahí está la trampa: lloramos al nacer porque nos duele salir del cobijo, pero muchos se van de este mundo sin que nadie derrame ni una lágrima por ellos. Van a parar a una fosa común, a una nota roja de la Prensa, a una placa que nadie va a limpiar, a una cruz sobre la carretera. Esos sí que saben qué significa que la vida no vale nada. Porque si ni siquiera te alcanza para que alguien te llore.

José Alfredo vivió en el desmadre, en las cantinas, en las traiciones, en los amores que se van. Escribió “Camino a Guanajuato” con nostalgia existencial. Guanajuato es el camino de regreso a la tierra, al origen, pero también es el camino donde te das cuenta que el dinero, los lujos, las pleitesías, no sirven para detener el llanto final.

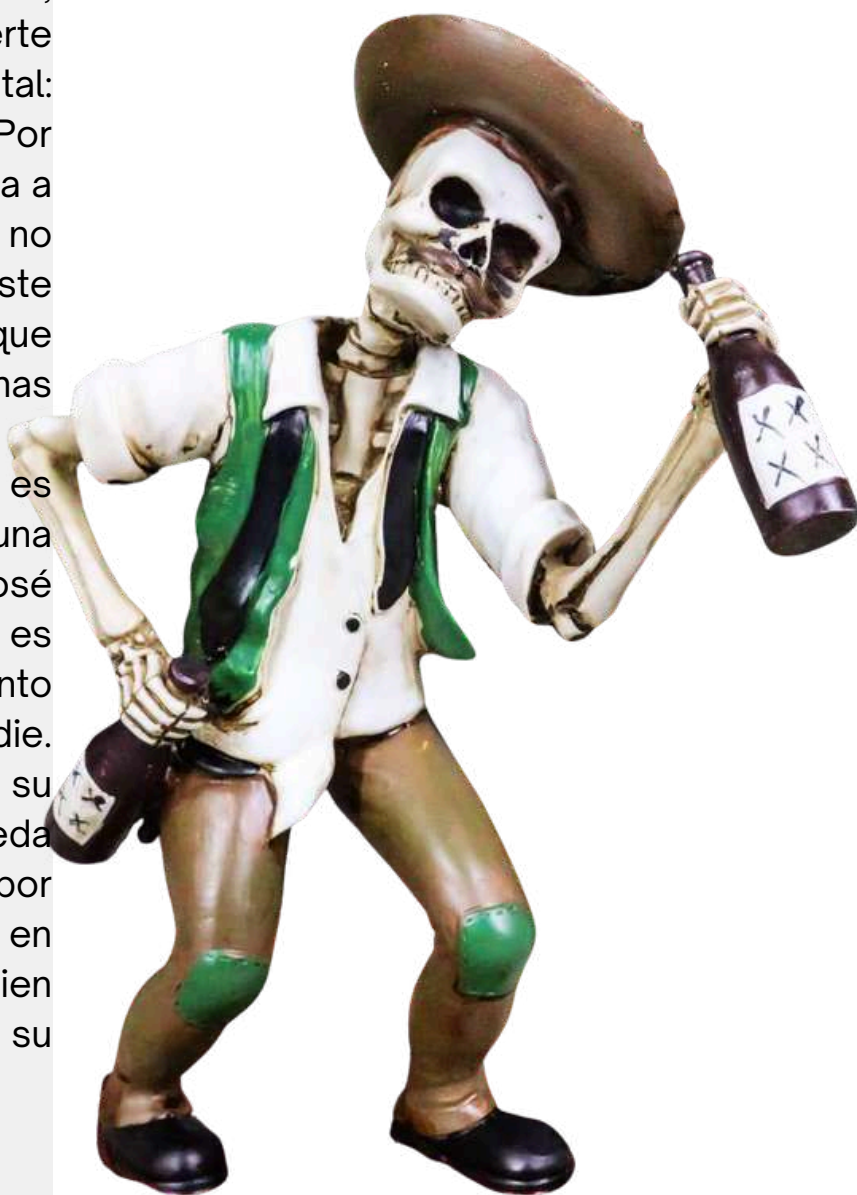
“La vida no vale nada” es el grito de quien ha visto morir gente sola. Es el eco de quien sabe que el mundo sigue girando aunque uno ya no esté. Y eso, aunque suene triste, tiene su alivio. Porque si la vida no vale nada, ¿para qué andarle sufriendo por tonterías? ¿Para qué hacerse tormentos con el amor, con la plata, con el rencor?

En la urbe, en el desmadre citadino, a veces uno se olvida de esto. Andamos corriendo, acumulando, queriendo ser eternos. Pero la canción recuerda que ese bebé que llegó llorando va a terminar siendo un viejo o una vieja que tal vez nadie va a llorar. La grandeza de José Alfredo fue ponerle melodía a esa verdad incómoda.

El llanto del recién nacido es un acto de afirmación: “Estoy vivo, aunque me duela”. Pero la muerte sin llanto es la derrota total: “Viviste, pero no importaste”. Por eso la frase es trágica. Nos obliga a preguntarnos: si al final la vida no vale nada, ¿qué hacemos con este intermedio? ¿Valemos por lo que acumulamos o por las lágrimas derramadas?

Al final, “Camino a Guanajuato” es un himno a la despedida. Pero una despedida con dignidad. José Alfredo sabe que el llanto inicial es igual para todos, y que el llanto final no está asegurado para nadie. Por eso canta. Porque mientras su voz suene, aunque sea en una peda perdida, alguien está llorando por él. O por ellos mismos. Porque en el fondo, cada vez que alguien canta esa canción, está llorando su propio nacer y su propio morir.

Así que usted ya sabe. La vida no vale nada. Pero mientras tanto, mientras suena el mariachi y el camino se hace polvo, el chiste es hacer que valga madre. Valga madre como para que cuando toque irse, al menos haya un desmadre, una botella vacía y un recuerdo. Porque si te vas en silencio, entonces sí, no valió nada la vida.



ENTREVISTA AL DR. JULIÁN CASTELLANOS: "EL MUERTO NO ES UN PACIENTE, ES UN TESTIGO"

POR "LA SOMBRA DE PROMETEO"
CIUDAD DE MÉXICO, 4 DE FEBRERO DE 2026



-Eduardo Ruiz: Doctor Castellanos, muchas gracias por abrirnos las puertas de este lugar. Entrar al Servicio Médico Forense siempre implica cruzar un umbral que la mayoría prefiere no traspasar. Usted lleva veinticinco años haciéndolo a diario. ¿Cómo definió su oficio cuando empezó y cómo lo define ahora?

-Dr. Julián Castellanos: Cuando empecé, recién egresado de la Facultad de Medicina de la UNAM, creía que mi oficio era aplicar conocimientos de anatomía patológica y toxicología para establecer causas de muerte. Era una definición técnica, casi de manual. Recuerdo las largas caminatas por los pasillos de la facultad, las primeras disecciones en el anfiteatro, el olor a formol que se pegaba a la ropa y que ninguna lavada quitaba del todo. Pero también recuerdo una clase del doctor Arturo Miranda, un patólogo de ojos cansados, que nos dijo: "La muerte no es una derrota, es un lenguaje. El cuerpo inerte tiene su propia gramática: las livideces cuentan la última postura, la rigidez revela las horas transcurridas, las heridas narran la violencia recibida. Ustedes serán los lectores de ese idioma". Yo me tomé esas palabras al pie de la letra. Hoy sé que no solo

leo ese idioma: lo traduzco para los vivos, para los jueces, para las familias que necesitan entender qué pasó. Alguien me llamó una vez “el médico de la muerte”, pero yo no atiende a la muerte; atiende a quienes la muerte ya visitó. El muerto no es mi paciente, es mi testigo. Y como todo testigo, merece ser escuchado con respeto y con verdad.

-ER: Más de cinco mil autopsias en su haber. ¿Hay algún caso que le haya marcado de manera particular, de esos que se quedan con uno para siempre?

-JC: (Hace una pausa) Una niña de siete años, vestido azul marino, coletas con ligas rojas. Llegó una madrugada de octubre, sin identificación, sin familia, sin nadie que preguntara por ella. En la sala de necropsias, mientras realizaba la autopsia, encontré en el bolsillo izquierdo de su chamarra una estampa de la Virgen de Guadalupe, gastada, doblada en cuatro, con las esquinas redondeadas de tanto tenerla entre los dedos. En ese instante supe que mi trabajo no termina con el informe pericial. No podía dejarla en el frío de una fosa común. Investigué tres días: revisé reportes de desaparición, caminé por delegaciones, llamé a servicios sociales. Finalmente localicé a su abuela en un barrio de Nezahualcóyotl, en una casa de lámina. La estampa era de ella.

Se la había regalado cuando la niña aprendió a persignarse. La abuela llevaba una semana buscándola sin saber dónde acudir. Ese día comprendí que los muertos nos piden, sin voz, que los devolvamos a los suyos. Que la última caricia puede ser el reencuentro. Desde entonces, en cada cuerpo sin identificar, busco la estampa, la carta, la cicatriz reconocible. No siempre la encuentro, pero la búsqueda me mantiene humano.

-ER: Muchos años viendo lo que nadie quiere ver. ¿Se acostumbra uno a la muerte? ¿Se puede convivir con ella sin que termine por colonizar la propia vida?

-JC: (Apoya los codos en la mesa, entrelaza los dedos) Miento si digo que sí. El que se acostumbra ha muerto por dentro. Aprendes a respirar, a poner una pausa emocional, a desarrollar una coraza profesional. Es una necesidad de supervivencia. Pero cada cuerpo encierra un mundo que se extinguió: una historia de amor truncada, un proyecto inconcluso, una canción que ya no cantará, una palabra que quedó a medio decir. La rutina es el verdadero enemigo del forense; cuando el cadáver se vuelve “el de la mesa tres”, algo humano se ha perdido. Por eso procuro nombrarlos, aunque sea en silencio. Antes de la incisión, digo su nombre si lo sé, o si no, digo “tú”. Me tomo un segundo para recordar que allí hubo un corazón

que latió, unos ojos que miraron el sol. Eso me ayuda a no convertirme en un técnico de la desolación. Pero no, no me he acostumbrado. Cada muerte infantil me desgarró, cada suicidio me confronta con la pregunta de qué falló, cada feminicidio me llena de una rabia que a veces me cuesta contener. La muerte no se normaliza; se aprende a mirar de frente, pero no se le pierde el respeto.

-ER: ¿Qué opina de la medicalización actual de la muerte, la eutanasia, el suicidio asistido?

-JC: Es una tragedia silenciosa y profunda. Hemos secuestrado la muerte de los hogares, la hemos aislado en hospitales, la hemos vuelto aséptica, técnica, casi invisible. La gente ya no sabe morir ni acompañar. He visto morir a mi padre en una cama de hospital, rodeado de plásticos, alarmas y una enfermera que pasaba cada cuatro horas. Estaba solo. Eso no es morir con dignidad, es morir en la burocracia. Perdimos los rituales, y quien pierde los rituales pierde también el consuelo. En comunidades que he visitado por trabajo, la muerte aún se vive en comunidad, con velorios largos, con café y pan, con llanto compartido y con relatos de la vida del que se fue. Allí duele, pero no se padece en soledad. La pandemia nos dejó en evidencia: miles murieron sin un rostro que los despidiera, sin una mano que les cerrara los ojos. Eso no es civilización, es abandono. Mi labor, en cierto modo, es un acto de resistencia contra ese abandono: devolverle a la muerte su carácter humano.

ER: Durante la pandemia, su trabajo se

intensificó de manera brutal. ¿Cómo vivió esos meses y qué aprendió de ellos?

-JC: (Respira hondo) Fueron años... Las neveras del SEMEFO se llenaron. Hicimos autopsias con doble equipo de protección, bajo temperaturas extremas, con jornadas de dieciséis horas. Recuerdo una noche, más de cuarenta cuerpos en un solo día. Llegaban en camiones refrigerados, algunos con bolsas negras, otros con sábanas. En medio del cansancio, comprendí que la muerte no era individual sino colectiva, que estábamos asistiendo a una herida nacional. Aprendí entonces que el forense también es un historiador: cada cuerpo era una página de esa tragedia. También aprendí algo más duro: que el sistema puede colapsar, que la dignidad es lo primero que se sacrifica cuando los recursos se agotan. Tuvimos que priorizar, y priorizar significa elegir a quién identificar primero, a quién devolver. Eso pesa. Una noche, después de una autopsia múltiple, me senté en el patio trasero y lloré. No por debilidad, sino porque si no lloraba, me volvía parte de la maquinaria.

ER: Desde su experiencia, ¿cómo definiría la muerte en términos científicos y en términos humanos?

JC: La muerte no es un instante, es un proceso. Biológicamente, es la disolución de un sistema integrado. Pero filosóficamente, es la interrupción de un relato. Un ser humano es una historia que se cuenta a sí misma, un libro que se escribe cada día. Cuando esa historia se interrumpe, el cuerpo se vuelve archi-

-vo antes de que el polvo lo borre. En lo humano, la muerte es el espejo de la vida: nos obliga a preguntarnos qué hicimos con nuestro tiempo, a quién amamos, qué dejamos. No es el final, es el punto y aparte que otros tendrán que leer.

ER: Usted ha mencionado varias veces la palabra “dignidad”. ¿Qué significa la dignidad en el trabajo forense?

JC: Dignidad es tratar al muerto como si fuera un familiar nuestro. Es cubrirlo después de la autopsia, es no apresurarse, es hablar con respeto aunque nadie escuche. Es devolverlo a los suyos con su nombre, con su ropa, con sus pertenencias. Es no dejarlo en una fosa común sin haber hecho todo por identificarlo. La dignidad también es honestidad en el peritaje: decir la verdad aunque incomode al juez, al fiscal o a la prensa. Porque el muerto ya no puede defenderse; su cuerpo es su única voz. Si el forense traiciona esa voz, se convierte en cómplice de una injusticia. He tenido que declarar en juicios donde mi informe iba contra intereses poderosos. Nunca he modificado una palabra.

ER: Para terminar, doctor, una reflexión sobre su oficio y sobre lo que le ha enseñado.

JC: La muerte es una maestra severa pero justa. Nos recuerda que todo lo que amamos es prestado, que cada día es un regalo. Mi oficio consiste en mirarla de. Los muertos no hablan, pero dejan señales. Mi trabajo es encontrarlas, interpretarlas y devolverlas a los vivos. No hay misterio, solo dignidad (se levanta y camina hacia la ventana, un silencio)...

Mire, Eduardo, afuera sigue la ciudad, con su bullicio, sus prisas. La gente pasa junto a este edificio sin mirarlo, como si la muerte no fuera con ellos. Pero la muerte va con todos. Solo que algunos, como yo, hemos aceptado sentarnos a conversar con ella.

ER: Doctor Julián Castellanos, gracias por su tiempo, sus palabras y profundo mensaje, por abrirnos la puerta de este lugar que tantos evitan, pero más por el bello regalo que significa este momento.

JC: Gracias a usted, Eduardo. Por recordar que los muertos también merecen ser escuchados. Y por venir hasta aquí, a este edificio que algunos evitan, a preguntar por ellos. Es un acto de humanidad que no olvidaré. Que estas palabras encuentren a quienes necesitan oírlas.

Estreché la mano del doctor Castellanos, su rostro esbozó una sonrisa cordial, elegante. Su cabello gris me hizo pensar en mi padre.

LA SOMBRA DE PROMETEO

ARTES





Alas del Tránsito
João Amoêdo Pinto
Portugal

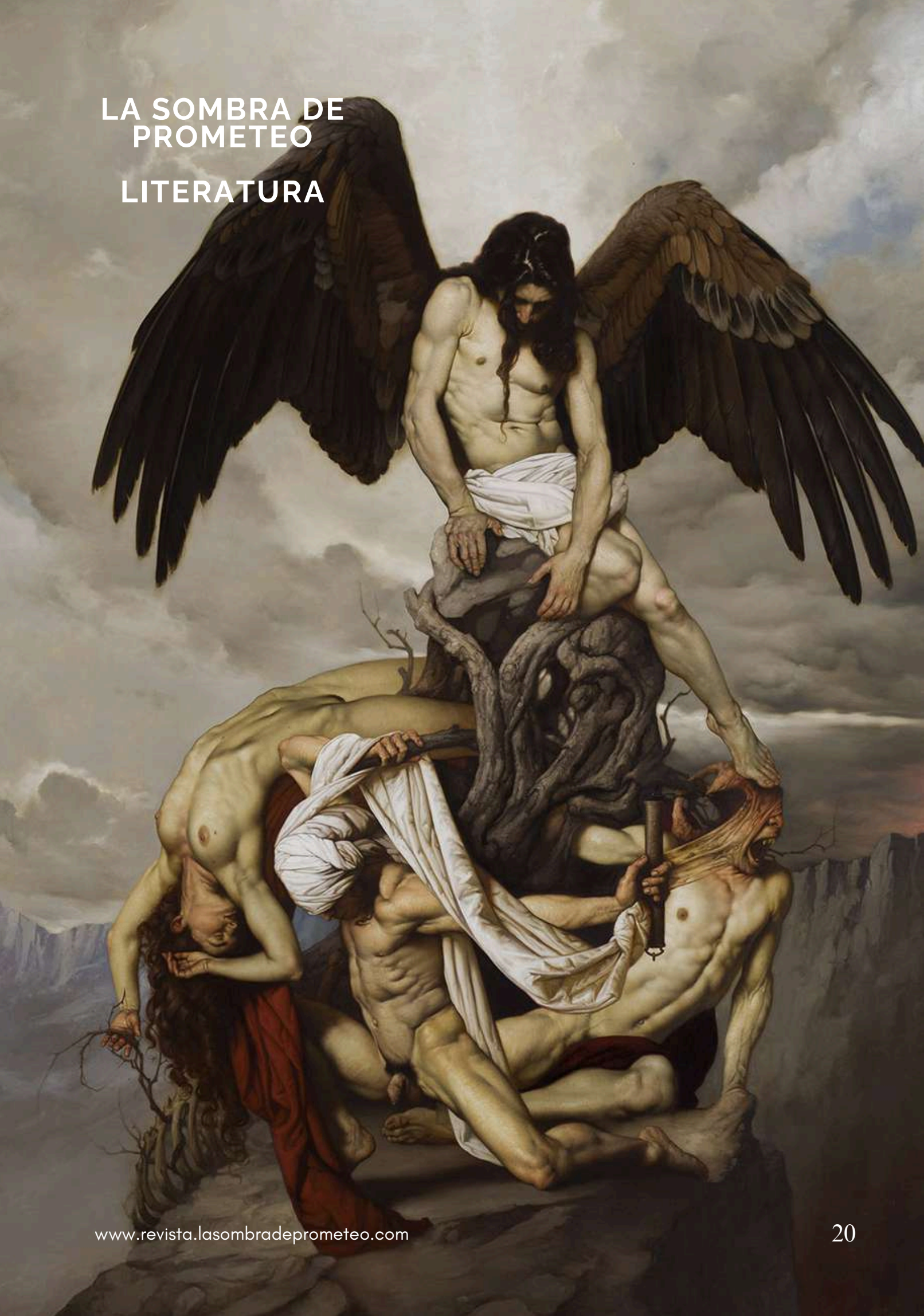
Óleo sobre lienzo (con abundante empaste e impasto)
2022

Descripción:

En un torbellino caótico de rojos incandescentes, negros profundos, dorados luminosos y azules turbulentos, emerge una poderosa figura alada envuelta en gruesas pinceladas expresivas y denso empaste. La obra captura el instante dramático del tránsito entre la existencia y la muerte: un ser mítico en pleno vuelo o caída, donde alas de fuego y sombra se funden en un vórtice de energía primordial. Los trazos enérgicos y el movimiento convulsivo transmiten la lucha intensa, la liberación y la transformación final del alma, recordando que todo ser vive su último y magnífico paso hacia lo eterno.



LA SOMBRA DE
PROMETEO
LITERATURA



UNA MUERTE INESPERADA

POR AUGUSTO VILLABLANCA



“¡Todos vamos a morir, todos vamos a morir!” gritaba el protagonista mientras veía una película basada en un inminente escenario apocalíptico, y pensándolo bien, es una verdad dura, pero triste y absoluta; antes, durante, o después, en algún momento, a cualquier edad y en distintas circunstancias, con calor o frío, sin importar el estatus social ni económico o cultural del individuo, en un lugar determinado, a veces hasta seleccionado, o de improviso. Pero no podemos evadir el hecho que vamos a morir, y es nuestra responsabilidad prepararnos para esta ocasión, un acontecimiento triste pero inevitable, aceptarlo, y adoptarlo como una parte del ciclo natural del ser humano, un cúlmimo al periodo de nuestras vidas.

Algunos mueren al nacer, otros viven muriendo, física o mentalmente, otros que nunca quisieron vivir, o se fueron decepcionando con la vida a medida que las frustraciones les fueron superando, y hay quienes son amantes de la vida, y hacen todo lo posible por elongar esa plenitud, en distintos grados de riesgos, o tomando toda medida de seguridad, incluso hay algunos que alcanzan los cien años de vida o más, mientras otros dicen no tener miedo a la muerte, y están en constante pugna con ésta.

Entre todos éstos, están los más afortunados, nacidos en familias económicamente solventes, quienes se dedican a deportes de extremo peligro, esquiar en nieves vírgenes en lugares donde sólo se puede acceder en helicóptero, o caer desde altas montañas equipados con trajes especiales que les permite volar a velocidades incomprensibles. Pero también están aquellos que nacieron en ámbitos negativos, con padres atrapados por la drogadicción, familias disfuncionales en donde crecen casi por inercia, sin importarles realmente la vida, viendo cómo otros disfrutaban de bienes materiales inalcanzables para ellos, y en algún momento de sus frustradas vidas, deciden acceder a estas “cosas” de forma arriesgada e ilícita, pero de alguna forma válida para su nivel de comprensión.

También existen varios que mueren matando a otros, impulsados por poderes que les hacen creer que su muerte es por una buena causa, protegiendo una línea imaginaria aunque en realidad es el interminable egoísmo y ambición de algún otro por controlar las economías externas.

Pero al final del camino, o incluso antes, la muerte es inevitable y nos llega a todos, en el momento me-

-nos esperado, porque en lo cotidiano, nuestro instinto de supervivencia nos empuja a nunca pensar en esto, y hacemos de nuestras vidas complicaciones forzadas para evitar pensar en qué es lo que nos depara el futuro, incluso de las posibles causales de nuestro deceso. Pero es una ineludible y a la vez triste realidad, aunque nos cueste admitirlo, o incluso hablar sobre el tema, y es deprimente, aunque la pena es sólo para los que sobrevivimos por un tiempo más en este planeta, difícil para los que sufrimos la pérdida de un ser querido o amado, quedarnos con el vacío que nos deja en el corazón, porque este ser tenía un lugar reservado en nuestros diarios quehaceres, lo habíamos integrado a ser parte de nosotros. Reímos y lloramos juntos, le considerábamos para juntarnos a comer, a trabajar, ilusionamos con fantásticos viajes, o planeamos construir una casa, comprar un auto, visitar hermosos lugares, en fin, es (o en este caso “era”) en realidad, parte importante de nuestras cotidianas vidas, y de pronto ya no está, a veces sin siquiera darnos tiempo para preparar su partida, porque este evento era lo que menos pensábamos ni esperábamos, y es aún más doloroso cuando nos damos cuenta que no volverá.

En la antigüedad, en distintas cultu-

-ras alrededor del Mundo, la muerte siempre tuvo un significado y consideración especial, sobre todo para las altas autoridades de las civilizaciones desarrolladas, líderes y poderosos que gastaban sus fortunas en chamanes o sacerdotes, quienes a su vez dedicaban sus vidas al estudio de la espiritualidad y el más allá, y por ende estas tendencias y rituales se verían reflejados en el resto de la sociedad que les sucedían, como por ejemplo en la civilización egipcia, quienes momificaban los cuerpos de los faraones para posteriormente re encarnar en éstos mismos, conservando incluso sus pertenencias más preciadas, o dejando en las tumbas mortuorias algo de comidas para el viaje a lo desconocido, según ellos, a una segunda morada.

Por otro lado, en la Europa de la edad media, más específicamente entre 1345 a 1352, la Peste Negra fue una terrible plaga bacteriológica que eliminó a un promedio estimado de entre 180 a 200 millones de personas, y los datos históricos dicen que ciudades enteras quedaban inundadas de cadáveres, los que eran comúnmente vistos esparcidos por las calles, haciendo que la muerte se transformara en parte de la vida cotidiana de quienes sobrevivían, y

recoger éstos cuerpos inertes por la ciudad se convirtiera en un trabajo remunerado y un cotidiano quehacer.

En la antigua cultura mexicana y hasta la actualidad, los familiares veneran a sus muertos una vez al año, incluso algunos los sacan de sus tumbas para compartir con los cuerpos ya descompuestos de sus seres queridos, como si éstos tuvieran la capacidad de comprender desde el más allá. En cambio, en una pequeña comunidad de islas en Indonesia de nombre Toraja, existe la tradición de mantener los cuerpos inertes de los seres queridos por mucho tiempo, conviviendo a diario con ellos entre 5 a 10 años hasta que la familia directa del cadáver (a quien dicen estar enfermo) pueda reunir dinero suficiente para una gran celebración, en donde se sacrifican búfalos, cerdos y muchos más animales. Mientras el cuerpo del familiar permanece en casa, es tratado como si estuviera con vida, se sientan a la mesa a comer, se les ofrece cigarrillos, incluso duermen en la misma habitación con otros miembros del clan familiar, y sólo hasta que la familia está lista con los costosos preparativos funerarios, es declarado como fallecido. O también en el Tíbet, en donde monjes budistas desmembra a sus fallecidos para alimentar a los buitres y así sus cuerpos son de-

-vuelto al ciclo natural de la vida.

Mientras veía en la televisión sobre de estos interesantes documentales en el History Chanel, recostado sobre mi cama, me di cuenta que las uñas de mis pies ya habían crecido, y me causaba algo de molestia en los zapatos, por lo que decidí buscar en el cajón del velador un corta uñas. Sin fijarme, y aún concentrado en la interesante información y conocimientos de éstos documentales, hice un corte un poco ajustado a la piel viva que rodea mi dedo gordo del pie izquierdo. Auch! dolió, y una pequeña gota de sangre comenzó a correr por la planta de mi pie, pero antes de que ensuciara la colcha de la cama, la limpié y no le di mayor importancia. Busqué rápidamente un “parche curita” para cubrir este pequeño corte en el sangrado del dedo gordo del pie izquierdo, y así evitar manchar las sábanas de la cama al acostarme a dormir. Terminé con el resto del cuidado de mis pies, y después de un rato ya se había terminado este documental. Me quedé pensando en cómo sería mi muerte, cómo será ese día cuando mi existencia, o al menos la parte física y mi cuerpo, ya no será como tal, como la conozco desde el día que mi madre me vio nacer, o al menos desde los dos años, el tiempo cuando ya comienzas a tener un poco de memoria conciente, y del ambiente que nos rodea, cuando empiezas a reconocer a tus familiares, balbucear algunas palabras locas, o memorizar algún evento o circunstancia extraordinaria de la vida, la cual dejó una marca profunda en nuestro ser.

Al día siguiente amanecí con los pies completamente mojados, mi cuerpo estaba helado y tenía mucho frío. Una fuerte sensación de mareo que invadía mi mente y pensamientos me hacía imposible intentar comprender esta situación. Abatido por el enorme cansancio, apenas pude sacarme de encima las sábanas y frazadas. El fondo de la cama estaba empapado en sangre, y me acordé del pequeño corte del dedo gordo en el pie izquierdo. ¡Claro! pude darme cuenta que me estaba desangrando, y mi vida, así como decía el documental de la noche anterior, llegaba a un fin, a una muerte inesperada.

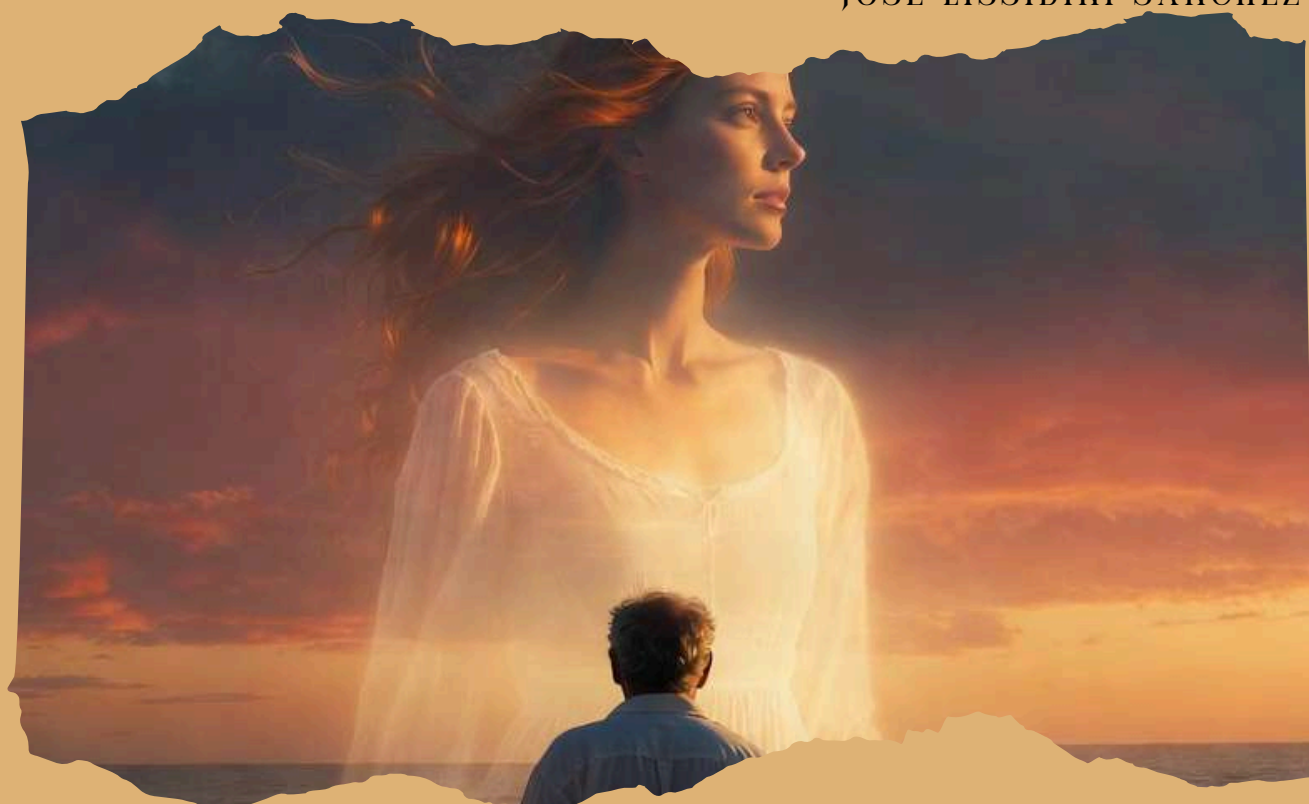
LA CREACIÓN DE LA LUNA

CARLOS CRISTIAN ITALIANO

En la noche de los tiempos, cuando solo estaban las estrellas, hubo en el monte unas serpientes luminosas que reptaban. Al pasar iluminaban a los búhos y las calandrias cantaban confundidas creyendo que era de día. Orgulloso, cada 28 días el dios creador las reunía para mirarlas desde el cielo. En ese momento la luz se esparcía por todo el monte y entonces los otros animales chillaban y se movían contentos. Pero después de muchísimo tiempo el dios supo que estaba por morir y se dijo: “¿Qué pasará con estas serpientes cuando yo muera?, ¡ya jamás se reunirán y el bosque quedará por siempre oscuro!”. Jamás escucharían su llamado. Por ese motivo decidió a su muerte convertirse en Sol y a las serpientes las transformó en Luna. Para que haya luz y día, y cada 28 días, por siempre en las noches, él pudiese reunir las para iluminar el monte.

ETERNO ABRIL

JOSÈ LISSIDINI SÀNCHEZ



Nos recuerdo de noche y en la playa. Imposible pensarnos distinto. Un lugar donde amar en silencio. Noches de arena, mar y estrellas a modo de cómplices testigos. De sexo intenso, desesperado, como para recuperar tiempo perdido. Loca libertad de casados durante veinte años, dos reyes haciendo de esclavos, dos infelices responsables, acostumbrados a cumplir con sus obligaciones “porque así debe de ser cuando estas casado”, que descubrieron el amor, en medio de la muerte silenciosa de sus matrimonios en ruinas. Juntos, nos revelábamos un mundo dulce, delicado, viviente, un lugar diferente y distante, ajeno a todos los males, cada vez que tomados de la mano, recorríamos la costa y los puentecitos de madera de Punta del Este, hasta que dábamos con el lugar ideal para esa noche de encuentro. Su cabeza en mi hombro, el cabello de fuego incendiando abundante mi pecho, sus brazos rodeando mi brazo izquierdo, su pollera muy blanca, sus pies desnudos sobre los míos, así parecíamos uno solo ante la inmensidad. “Dos almas que, en el mundo, había unido Dios”, como dice el bolero. En esas horas, éramos los soberanos de nuestros cuerpos entrelazados, amándose furiosamente, felices y auténticos corazones que palpitaban, sintiendo el amor, al fin como en realidad es. Amor, esa palabra que creíamos entender en el desastre de nuestra existencia, nunca la habíamos conoci-

-do tan real, tan bella, tan significativa, tan magnífica, tan magnánima y restauradora, hasta ese momento. Aprendí a conocer su cuerpo con mis manos, en toda su preciosa extensión, con mi vientre su vientre y con mis piernas sus piernas. Su lengua que con desesperación parecía querer arrancar la mía, hasta alcanzar el dolor, sus dientes en mi mentón, sus uñas hundiéndose en mi pecho, tanto que me hacían lagrimear, sus ronroneos y el casi llanto de plenitud, nada importaba porque estaba con ella, porque mi Paraíso era ella.

La abracé tanto, la disfruté tanto, me entregué tanto cada segundo que la tuve, la injerté bien dentro de mí. Hubiéramos confesado, que nos pertenecíamos el uno al otro y que no necesitábamos de nada más. Nos contábamos nuestros sueños, nuestros secretos y también varias reveladoras y angustiantes verdades. Y entonces, sobrevino aquel domingo fatídico de calle sin sol, vestido de tristeza y zinc, casi al finalizar al mediodía mi programa de radio, esa vieja radio frente a la Plaza. Fue sencillo y perturbador.

- Yenía está internada desde anoche.

Cuando me dijeron de qué se trataba su enfermedad, todo comenzó a desmoronarse lentamente. No quería ir a la empresa, el trabajo era una rutina

que me hacía pensar en ella. Me parecía que al abrirse cualquier puerta, en esas siete horas y cuarto de oficina en que solíamos trabajar juntos. la vería aparecer impetuosa, vital, arrolladora, hablando alto, contando historias de aquella, aquel o los otros, y riendo con esa carcajada que reconocería entre un millón.

Quince días sin verla, sin escucharla, sin poder acercarme a ella, sin que nuestras manos se rozaran, sin un mensaje de texto, pues su familia la rodeaba. Cuando sobrevino inesperada la llamada y, me conmociono su voz.

- José. Te ruego. No te quedes solo. Busca a otra. Yenía ya no es la misma. La que conociste ya no existe, esta tiene veinte años más. Ambos teníamos cuarenta y nueve en el dos mil diez. Ambos nacidos en abril del mismo año, apenas con nueve días de diferencia. Yo Aries, ella Tauro. Sabía muy bien que al decirme aquello, su dolor era intenso y ella entendía, que mi mayor dolor sería perderla. Obviamente, intenté pretextar.

- Nunca has entendido, que yo amo a Yenía por Yenía. Gorda o flaca, sana o enferma, en el infierno de su ira o en el paraíso de su risa. Nunca comprenderás, que amores hay muchos, pero el gran amor..., es único.

- ... Aaaaaaah... Mi amor. Quiero que sepas, que tengas bien claro, que contigo fui feliz, que me hiciste fe-

-liz. Ahora, si es cierto que me amas, te voy a pedir que no llores, mandes mensajes o vengas. En el Sanatorio no estoy sola. Él, se ha instalado aquí. No sé para qué, porque pasa sentado, viendo la tele y a la noche se va. Tengo en mi mano, el rosario de pétalos de rosa que me mandaste con Elena. Pero..., ya está.

Luego de cortar, no me quedó más que comprender, que había escuchado a la muerte canturreando su triste melodía, sin una pizca de arte, que se apagaría conjuntamente con su vida, algunos días más tarde.

Fue el último deseo, que esparcieran sus cenizas en las aguas de la costa que tanto amaba. Al menos puedo visitarla cada vez que voy, y me paso de La Floresta a Parque del Plata. Puedo pensarla una y otra vez. Hasta hay días en los cuales, el río me trae una brisa que corre por mi rostro y..., me sabe a ella. Entonces, mi llanto es acallado por unos brazos llenos de ternura. Una mirada al cielo me descubre en orfandad, pero enamorado. El gran amor. La gran desilusión, que ni siquiera estalla en furia. Solo existe la verdad del afuera y el adentro que sufren. En ese momento, horizonte, mar y cielo se abrazan y en la playa se duermen. La playa monótona, donde ya no se dibujan cuerpos, pero donde abril ha quedado eternamente gravado.

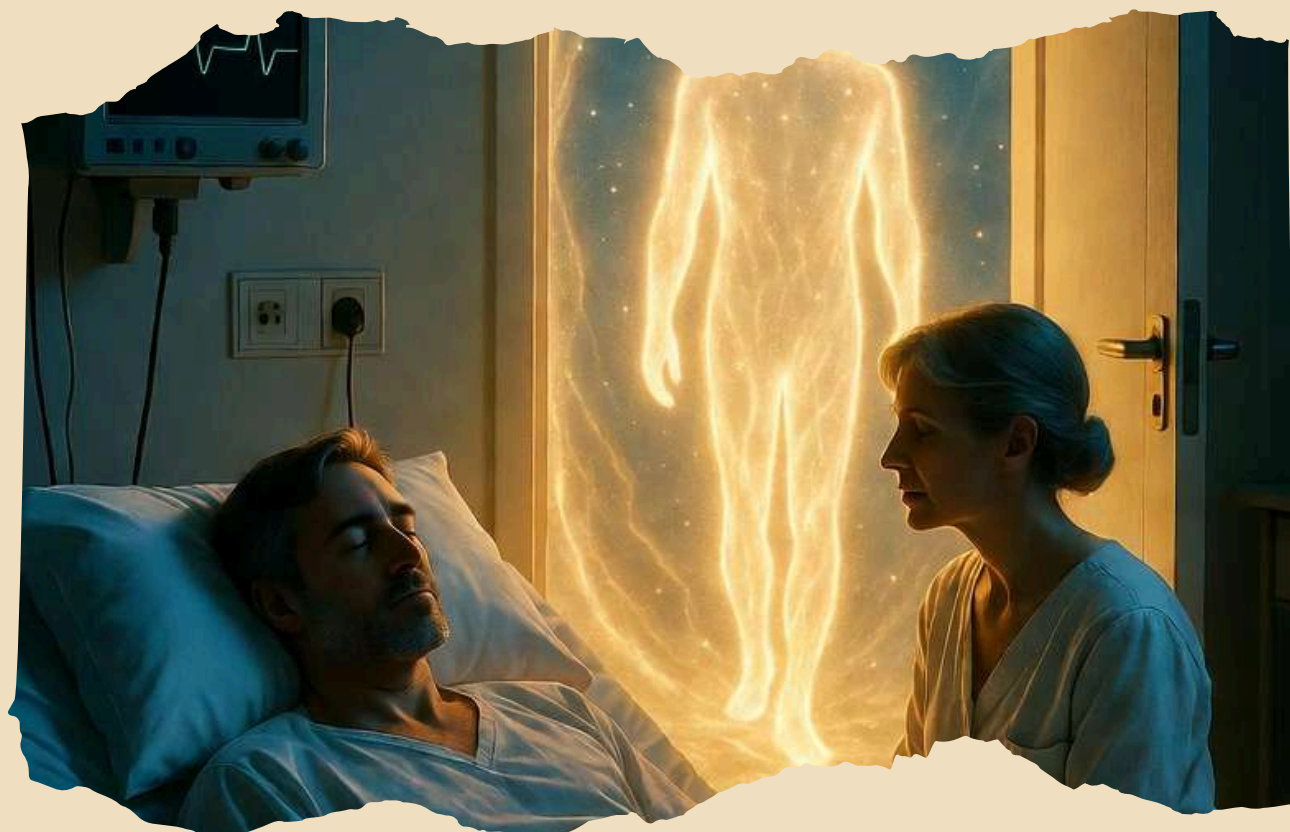
El tiempo se me ha vuelto enorme. La soledad se instala en mis madrugadas insomnes. Cuando se escapa de mis manos, al intentar atraparla en los sueños, me siento frente al teléfono, aguardando escuchar su voz tramando encuentros, proponiendo la cita. La buscó sin encontrarla en las noches de abril, quedando el beso abatido, desprovisto de esperanza. Desde que se fue lejos, volviéndose parte de las sombras y el silencio, el amor para mí es como morir cada día mil veces... hasta que vuelva a encontrarla, en una de las playas de Punta del Este, con su melena roja y su pollera blanca.

“ En Memoria de Yenía ”

Una historia de la vida real.

LA PUERTA INVISIBLE

SILVIA CARÙS



El monitor cardíaco marcaba un ritmo irregular, como si dudara entre continuar o rendirse. Cada pitido parecía más espaciado que el anterior. En la habitación 112 del Hospital Santa María, la luz era tenue y el silencio estaba cargado de algo difícil de nombrar.

Marta dejó su bolso en la silla y se acercó a la cama. Su padre llevaba tres días sin despertar. El accidente había sido absurdo: un coche que se saltó un semáforo en rojo, una lluvia inesperada y un segundo de mala suerte.

- Estoy aquí, papá - susurró, tomando su mano -. No tienes que preocuparte por nada.

El médico había sido muy claro esa mañana: daño cerebral severo, pronóstico reservado. Palabras técnicas para decir que no sabían si volvería.

Marta observó el rostro de Javier. Siempre había sido un hombre muy fuerte, de pocas palabras, profesor de filosofía durante más de treinta años. Había dedicado su vida a hablar de la existencia, del sentido de vivir, de lo que ocurriría después de la muerte. Y ahora era él quien parecía estar suspendido en algún lugar entre ambos estados.

Se sentó y recordó la última conversación que había tenido, apenas una semana atrás.

- La gente teme a la muerte porque la imagina como un final - le había explicado él mientras almorzaban en su restaurante favorito -. Pero ¿Y si fuera solo un cambio de habitación?

- Eso suena muy optimista para alguien que no cree en el cielo - le había contestado ella.

Javier sonrió.

- No hace falta un cielo para pensar que la conciencia es algo más complejo de lo que entendemos.

Marta cerró los ojos. No estaba preparada para perderlo.

Aquella noche decidió quedarse. El hospital permitía que un familiar permaneciera si la situación era crítica. Apagaron las luces del pasillo y la ciudad quedó reducida a un murmullo lejano.

Cerca de la medianoche, el monitor emitió un sonido distinto. No era una alarma, solo un cambio de frecuencia. Marta se incorporó, alerta.

Entonces ocurrió algo que nunca olvidaría.

Javier abrió los ojos. No parecía desconcertado; al contrario, miró todo con la calma de quien por fin regresa a casa después de mucho tiempo.

- Papá ... - dijo ella, sintiendo que el corazón se le desbocaba -. Voy a llamar al médico.

Él apretó su mano con una fuerza inesperada.

-No. Espera.

Su voz era débil, pero segura.

Marta se inclinó hacia él.

- Pensé que no ibas a volver.

Javier respiró hondo.

- Yo también lo pensé.

Hubo un silencio breve.

- Marta... escuché cosas.

Ella frunció el ceño.

- ¿Escuchaste?

- No como ahora. Era distinto. No había dolor. Ni miedo.

Marta intentó mantenerse racional.

- Son alucinaciones normales después de un trauma.

Él negó muy despacio.

- No eran sueños.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero no parecían de tristeza.

- Sentí que me despedía de todo. Del cuerpo, del peso... incluso de los recuerdos. Al principio fue confuso, como caminar en un lugar sin suelo. Luego apareció una especie de claridad.

Marta guardó silencio. No quería interrumpirlo.

- No vi un túnel ni nada parecido - continuó-. Solo una especie de comprensión. Como si todas las preguntas que me hice durante años dejaran de importar.

- ¿Había alguien contigo?

Javier tardó en contestar.

- No exactamente. Pero tampoco estaba solo.

El monitor siguió marcando aquel ritmo irresistible.

- Lo más extraño -añadió- es que no quería regresar.

Aquellas palabras la aturdieron.

- ¿Por qué?

- Porque allí no había angustia. Todo parecía... suficiente.

Marta tragó saliva.

- Entonces, ¿por qué volviste?

Javier giró la cabeza y la miró con una ternura que no recordaba haber visto antes.

-Por ti.

El nudo en su garganta se rompió.

-No digas eso.

-Escúchame. Cuando uno está tan cerca de la muerte, entiende que la vida no se mide por lo que acumulamos ni por lo que logramos. Se mide por los vínculos. Y el nuestro todavía no estaba terminado.

Una enfermera asomó la cabeza, alerta por el movimiento, pero Marta hizo un ademán para que esperara.

- ¿Vas a morir? - preguntó, sin rodeos.

Javier no respondió de inmediato.

- Todos vamos a morir algún día, hija - habló al fin -. La diferencia es que yo ahora sé que no es un abismo.

Ella buscó una explicación lógica, algo que la protegiera.

- Puede ser una reacción neurológica.

- Puede ser - admitió él -. Pero hay certezas que no necesitan demostración.

Su respiración se volvió más pesada.

-No llores cuando ocurra - prosiguió-. Prométemelo.

- No puedo prometerte eso.

Él esbozó una sonrisa.

- Entonces vive bien. Es todo lo que necesitas.

Javier volvió a perder la conciencia minutos después. Esta vez, no despertó.

Murió al amanecer, cuando la primera luz entraba por la ventana.

Marta no gritó ni se derrumbó. Permaneció sentada, sosteniendo su mano hasta que el monitor se transformó en una línea continua.

Los días siguientes fueron borrosos: el velatorio, las llamadas, los trámites burocráticos. Personas que no veía desde hacía años aparecieron para decirle lo buen hombre que había sido su padre.

Pero lo que realmente la acompañaba era aquella conversación.

Dos semanas más tarde, mientras ordenaba su despacho, encontró un sobre con su nombre. dentro había una hoja escrita a mano.

“Si estás leyendo esto, significa que ya no estoy. No sé que hay después, pero tampoco lo temía antes de irme. La muerte no es el enemigo; el enemigo es vivir sin haber entendido que cada día es limitado.

No busques respuestas definitivas. Vive las preguntas. Ama sin reservas.



*Y cuando llegue tu momento,
ojalá puedas sentir la misma
calma que yo sentí.*

*No estoy más allá de la oscuridad.
Estoy en cada recuerdo que te
haga sonreír.”*

Marta apoyó la carta contra el
pecho.

Fue la primera vez desde el
accidente, que no sintió ese vacío
insoportable. La tristeza seguía
ahí, pero ya no era un pozo sin
fondo.

Esa noche salió a caminar. El cielo
estaba despajado y las estrellas
parecían más brillantes que de
costumbre.

Recordó algo que Javier solía
decir a sus alumnos:

-La existencia no es un problema
que resolver, sino una
experiencia que atravesar.

Marta entendió entonces que el
miedo a la muerte había cambiado
de forma. No había desaparecido,
pero ya no la paralizaba.

Miró hacia arriba y respiró
profundamente. Quizá su padre
tenía razón. Tal vez morir no era
caer en la nada, sino cruzar una
puerta que los vivos aún no
entendemos.

Y mientras regresaba a casa,
pensó que la mejor forma de
honrarlo no era aferrarse a su
ausencia, sino aprender a vivir
con la certeza de que todo es
pasajero.

Incluso la oscuridad.

UN SUSURRO ETERNO

ALEXIS DE JESUS SALGUERO GONZÁLEZ



Dalia solía caminar entre las montañas de niebla, donde el sol jugaba a las escondidas con las nubes, era una joven de ojos como estrellas caídas y risa que podía derretir el hielo de los picos más altos, la mejor compañía para cualquier ser que se haya acostumbrado a la soledad, coleccionaba momentos, no cosas. Guardaba en su corazón el aroma de las flores silvestres, el eco de las risas infantiles y el roce del viento en su piel.

Una noche de luna llena, mientras caminaba en el bosque que rodeaba el pueblo, Dalia tropezó con una raíz antigua y cayó en un claro iluminado por un resplandor etéreo. Allí, en el centro, flotaba una figura translúcida, envuelta en velos de sombra y luz. Era la muerte, no la temible segadora de cuentos oscuros que suele describirse en aquellos relatos llenos de cliché, sino una dama elegante con voz de seda y ojos que reflejaban todos los adioses del mundo.

—¿Quién eres tú, que haces en este sitio? —susurró la muerte, tenía una forma fantasmal como humo de incienso.

Dalia, con el corazón latiendo como un tambor de fiesta, se levantó y miró directamente a esos ojos infinitos.

—Soy Dalia, una fiel acompañante efímera. Y tú... ¿Eres el fin de todo?"

La muerte rio, como un sonido de campanillas de cristal rompiéndose en la distancia.

—El fin, mi querida, es solo el comienzo de otro. La existencia no es una línea recta, sino un círculo eterno. Ven, siéntate conmigo y te contaré el secreto que los vivos olvidan.

Curiosa como un gato en un jardín de misterios, Dalia se sentó bajo el árbol más grande. La muerte extendió una mano pálida y tocó su frente. De pronto, el mundo se desdibujó, y Dalia se vio transportada a un tapiz de vidas pasadas y futuras.

Primero, vio a un guerrero antiguo, caído en batalla, su último aliento escapando como un suspiro. Pero en lugar de oscuridad, el alma del guerrero se elevó, tejiéndose en el viento que mecía las banderas de nuevas guerras y paces.

—La muerte no borra —explicó la Muerte. —Transforma. Ese guerrero ahora vive en las historias que inspiran a los valientes, en el coraje que late en pechos ajenos. Luego, el tapiz cambió a una anciana en su lecho final, rodeada de nietos. Sus ojos se cerraron con paz, y su esencia se disolvió

en risas compartidas, en recetas olvidadas que resurgirían en cocinas lejanas.

—La existencia es un eco, no algo tangible que tenga que pertenecerle a alguien para producir riqueza—murmuró la muerte. —Lo que das, perdura. Un acto de bondad se multiplica como ondas en un lago, tocando orillas que nunca viste.

Dalia sintió un escalofrío delicioso, como cuando el amor roza la piel por primera vez. —¿Y yo? ¿Qué será de mi existencia cuando llegue mi hora?

La muerte sonrió, revelando dientes como perlas negras.

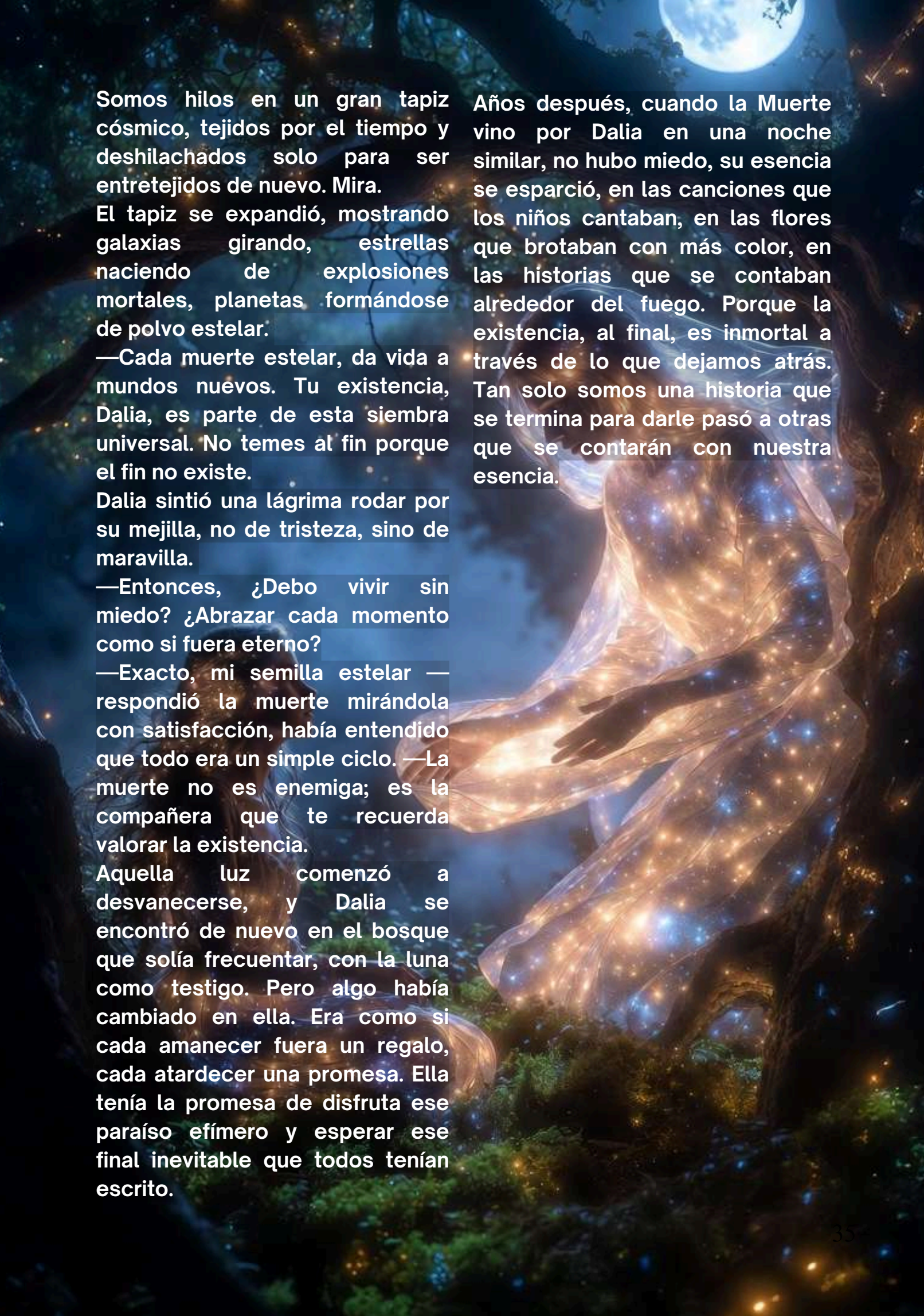
—Dalia, tu nombre es una revelación del ciclo. Tu muerte no será un apagón, sino una explosión de chispas que iluminarán otros caminos. ¿Sabes que cada uno es una semilla? La risa que regalas hoy florecerá en sonrisas mañana.

Ella observó como algunas plantas se marchitaban y otras apenas empezaban a florecer, cada una tenía su propio ciclo sin importar el tiempo, varios recuerdos llegaron a su mente, de pronto cuestionó:

—¿Y si la existencia es solo un sueño? ¿Si la muerte es el despertar a la nada?

La muerte se inclinó más cerca, su aliento frío pero reconfortante como una brisa otoñal.

—Ese es el gran engaño. La existencia no nace de la nada ni regresa a ella.

A woman with long dark hair, wearing a flowing, translucent dress that glows with golden and blue starlight, sits on a mossy tree branch in a dark forest at night. A full moon is visible in the sky above her. The scene is magical and ethereal, with soft light filtering through the trees.

Somos hilos en un gran tapiz cósmico, tejidos por el tiempo y deshilachados solo para ser entretejidos de nuevo. Mira.

El tapiz se expandió, mostrando galaxias girando, estrellas naciendo de explosiones mortales, planetas formándose de polvo estelar.

—Cada muerte estelar, da vida a mundos nuevos. Tu existencia, Dalia, es parte de esta siembra universal. No temes al fin porque el fin no existe.

Dalia sintió una lágrima rodar por su mejilla, no de tristeza, sino de maravilla.

—Entonces, ¿Debo vivir sin miedo? ¿Abrazar cada momento como si fuera eterno?

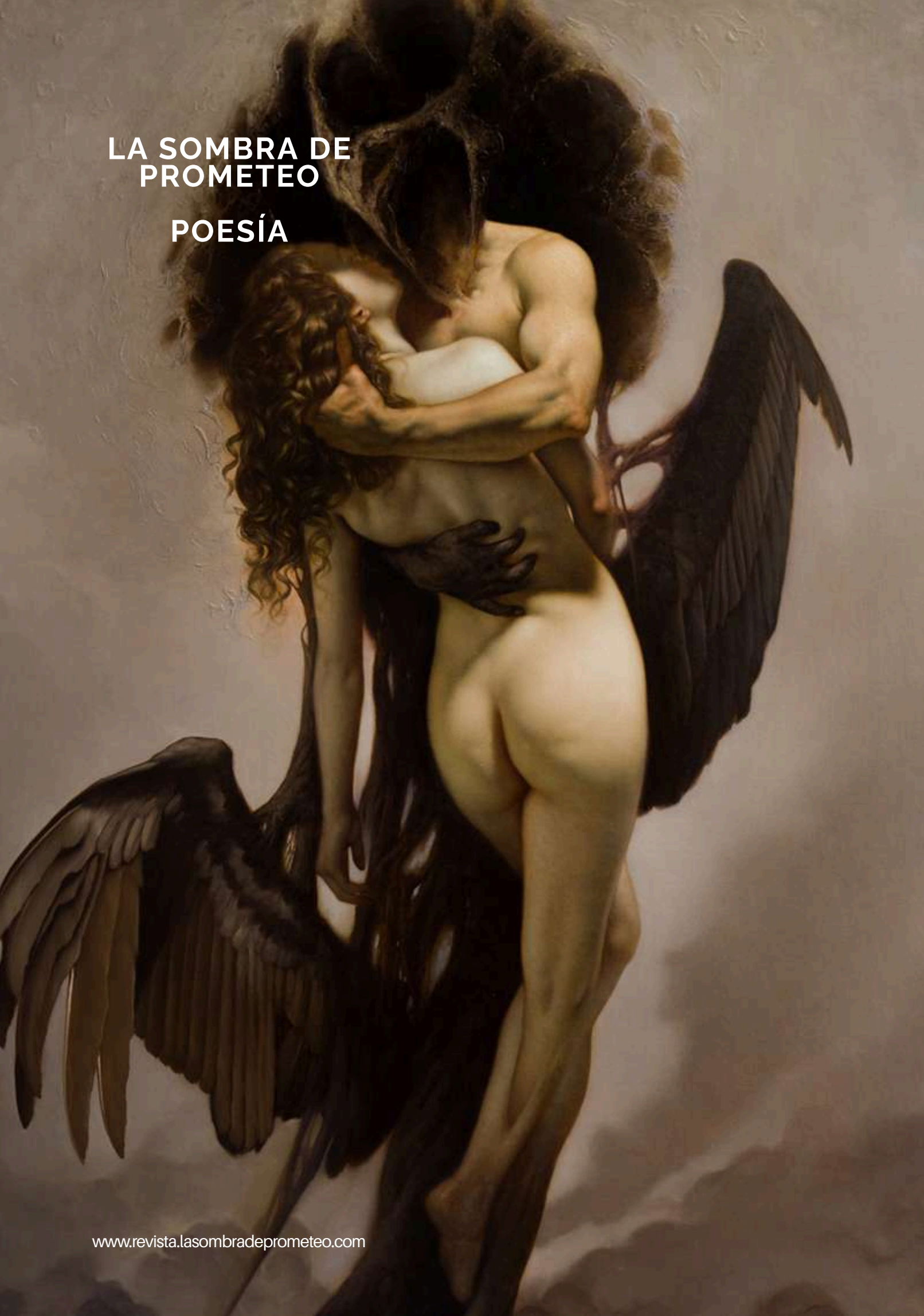
—Exacto, mi semilla estelar —respondió la muerte mirándola con satisfacción, había entendido que todo era un simple ciclo. —La muerte no es enemiga; es la compañera que te recuerda valorar la existencia.

Aquella luz comenzó a desvanecerse, y Dalia se encontró de nuevo en el bosque que solía frecuentar, con la luna como testigo. Pero algo había cambiado en ella. Era como si cada amanecer fuera un regalo, cada atardecer una promesa. Ella tenía la promesa de disfrutar ese paraíso efímero y esperar ese final inevitable que todos tenían escrito.

Años después, cuando la Muerte vino por Dalia en una noche similar, no hubo miedo, su esencia se esparció, en las canciones que los niños cantaban, en las flores que brotaban con más color, en las historias que se contaban alrededor del fuego. Porque la existencia, al final, es inmortal a través de lo que dejamos atrás. Tan solo somos una historia que se termina para darle paso a otras que se contarán con nuestra esencia.

LA SOMBRA DE PROMETEO

POESÍA



AUNQUE NO SE DIGA ASÍ

ROBERTO POBLETE VELÁZQUEZ
PARA MANUEL DE LEÓN

Quiero partir las traves de
madera
y el cuero que protege la piel
mi piel;
apilar las cajas de los restos
que me hunden
cerrar la puerta de la bodega
tras de mí
juntar el cartón con la flama
esperar el resultado

todo eso quiero
aunque no lo deba decir

aunque no pueda decidirlo,
ambiciono elegir un cuadrado en
la agenda,
rodeado por otros cuadrados
igual de vacíos,
y escribir "aquí, fin".

CARTA A MI QUERIDA MUERTE...

SOFÍA FLORENCIA FIGUEROA MAGALLÁN

No pude escribirte al final,
no pude ser breve contigo,
tengo tantas cosas que decirte...
Y te pido disculpas por no haberlo hecho,
sé que lo necesitas y en algún momento lo haré.
Lo que si te puedo decir es que te comprendo,
que no somos tan distintas,
que ambas pagamos precios muy altos por ser quienes somos.
Conozco tu soledad que es igual a la mía.
Muchas veces la aborrecimos pero llega un momento que sin ella no
vivimos.
Conozco la ofuscación que da el hecho de hacer lo que uno debe,
aunque no sea lo que se desea...
Tener que ver ángeles caídos,
caminar entre cadáveres moribundos,
escuchar a pobres diablos creerse dioses,
y pensar que irónica es la vida.
Ver lobos disfrazados de corderos
hablar de luz y de amor,
llenarse la boca hablando de dios,
de lo que es justo,
y no conocer la oscuridad ni el infierno.
¿Quién les dio la potestad de nombrarse mensajeros de él?
En sus vidas ni siquiera son buena gente,
y nos miran muchas veces a nosotras
como bichos raros;
asquerosos,
que hay que eliminar.

Pero somos fuertes, muy fuertes y no cualquier vientito nos dobla. Nos
hicimos sabias a golpes y caídas.
Nos corre sangre por las venas y batallamos por lo que creemos que
está bien...
Nos conocemos tal y como somos.
Sabemos que es lo que debemos de hacer.
No cualquiera se anima a entrar en sí mismo;
enfrentar sus demonios,
ni aceptar lo que no se puede cambiar...
Seguir su destino tal cual se le programo.
Por eso y muchas cosas más te comprendo...
Y debo confesarlo...
Muchas veces te odie y pido disculpas por ello.
Hoy sé que fuiste un maestro más,
que en el fondo solo necesitabas alguien que te viera tal y como eres,
al igual que yo,
sin caretas ni disfraces y te acepten...
Yo te veo, te conozco y te acepto tal cual sos.
También entiendo y comprendo tu dolor y tu soledad.
No estás sola, yo estoy acá, sos un gran ser.
Sos misericordiosa con los que sufren,
con los que se comportaron bien en esta vida.
Sos justa con los que se lo merecen,
a los que has perdonado y dado una nueva oportunidad.
Y bueno...
Por tener el valor y el coraje de hacer lo que debes aunque te duela...
Gracias por quererme desde que nací,
ser mi maestra,
por enseñarme y estar siempre ahí,
por mostrarme tu mundo, ser real y sincera ante mi...
Hoy quiero proponerte un trato:
ayúdame a seguir y lograr mis sueños,
a hacer lo que vine a hacer...
Y cuando eso este cumplido;
Podes venir tranquila,
que nos vamos juntas a tomar el té
y reírnos de todo esto,
que habrá quedado olvidado en el tiempo...

OXIDACIÓN

JORGE ROLANDO ACEVEDO

*La fugaz memoria de los espejos,
el perfil hosco de los cuerpos oxidados.*

SUSANA THÉNON.

I
Inocente como un perro,
pero desconfiado como un
gato,
te quedas nadando, dando
vueltas,
moviendo la cola y la aleta
dorsal.

Ingenua mirada a través del
agua.

II
La noche inminente
con su luna y su lechuza.
La casa llena de cosas viejas,
cosas podridas, oxidadas,
capaces de teñir la pecera
con el color ferroso de aquello
que una vez tuvo vida.

CLINT EASTWOOD

(O LA COREOGRAFÍA DE CABALLITO CORAZÓN DE ACERO)

EDUARDO RUIZ

Un refrigerador rojo canta ópera en ruso
mientras escupe cubitos de hielo con forma de lágrimas de dinosaurio.
Las manzanas juegan al póker con naipes de moho,
apuestan sus semillas contra un reloj de cuco sin péndulo.

"La eternidad es el eco de una puerta que se cerró sin querer"
murmura el grifo goteando sobre las latas de sopa vacías.

El sofá de terciopelo verde ha engullido tres almohadas
y tal vez a un hombre que vive
en sus adentros en proceso digestivo.
En su costado izquierdo,
queda la hendidura con forma de silueta ausente,
donde anidan migajas de cumpleaños sin pastel.

"El vacío tiene la forma del primer llanto no escuchado",
escribió un niño en la niebla del espejo.

Clint... (esa tos que rebota en las paredes).
Clint... (ese goteo que "coscorre" el metal).
Clint...

Compré recuerdos falsos en el mercadillo de los domingos.
¡Dos sonrisas embotelladas por el precio de una canción!
¡Fotografías que pestañean cuando las tocas!

El vendedor —un loro viejo con pata de oro—:
"La última palabra no dicha, ligeramente usada".
"El amor es la ortografía fallida del universo",
grazna mientras despluma sus alas.

En el salón del Minotauro Vegetariano
sirven café y mate con leche donde flotan islas de flores.
Un hombre, llamado Dudamel, revuelve una taza vacía
al ritmo de Beethoven.

El periódico titula: *"Ayer llovieron recuerdos al revés sobre la avenida del olvido"*.

"La nostalgia es el arte de perder objetos en el sótano del tiempo"
comenta el camarero mientras sirve el café a cucharadas.

El pronóstico onírico:
Tormenta de leoncitos por la madrugada.
Vientos de murmullos femeninos desde el Sur.
Al anochecer... calma viejo Oeste, los vaqueros no existen.

Una muñeca de porcelana con doctorado en física cuántica
da clases sobre la teoría de los agujeros negros de calcetines perdidos.
Su tiza es el hueso de una risa que nunca llegó a ser.
*"Los universos paralelos son los cajones donde guardamos
lo "qué hubiera pasado si..."*
lo dice mientras borra la pizarra con su falda de trapo,
ante el aplauso del alumnado.

Mientras tanto, en el teatro del absurdo:
Un teléfono inteligente repite: *"¿Hola? ¿Hola?"* al vacío.

Aquella noche te llevaste todo, galopando en un caballito corazón de
acero.

El público representa las butacas, es un truco para llenar dos veces el
recinto.

"La paternidad es un mapa dibujado con tinta invisible en el 2023"
susurra el asiento número diez mientras cruje como madera vieja.

Clint... (el ruido en la oscuridad).
Clint... (el olor a jardines estelares).
Clint... (el tic-tac de un reloj de arena).

En el museo de los objetos cotidianos exhiben
un astronauta lleno de estrellas fugaces.

El curador confiesa:

"El tiempo es un ladrón que deja recuerdos como prueba del delito".

Final abierto:

Un Cowboy sin público, pero con sombrero, dispara versos
contra el telón de terciopelo.

Las balas caen como migas de pan
que trazan un camino hacia ninguna parte.

**CLINT EASTWOOD ES EL ALIAS QUE USA LA SOLEDAD
CUANDO FRANQUEA LAS CARTAS QUE NUNCA LLEGARON,
O EL NOMBRE QUE SUSURRA EL VIENTO
AL MOVER LAS CORTINAS DE UN CUARTO VACÍO.**

Nota al pie de página encontrada en una caja de zapatos:

*Guardé aquí el primer diente de leche
y el último "te amo" sin decir.*

Perdón por el desorden.

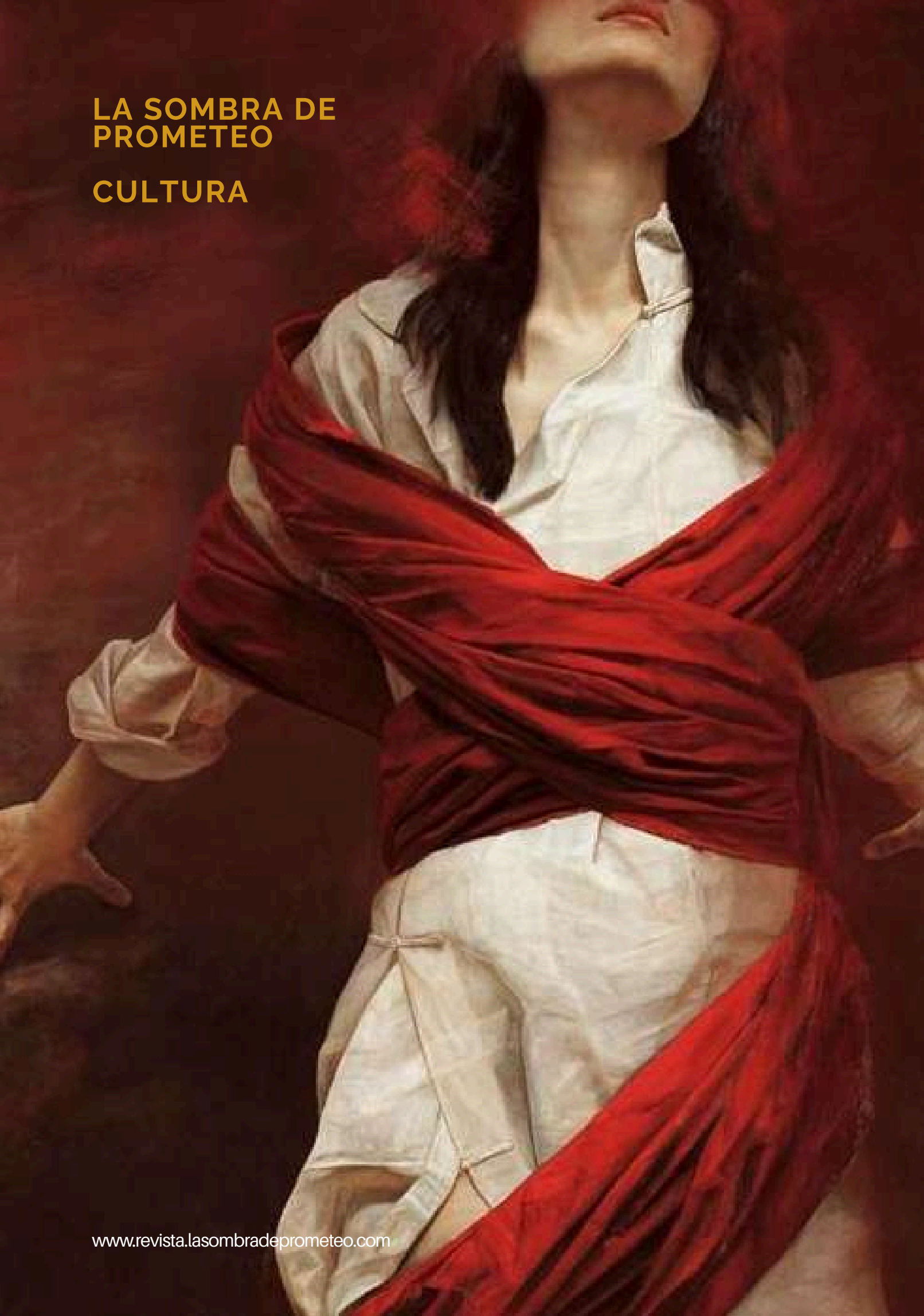
El polvo son las palabras que se quedaron pegadas en la ventana.

P.D.

Si encuentras un soldadito de plomo, dile que su guerra terminó.

LA SOMBRA DE PROMETEO

CULTURA



COLOQUIO DE SOCIOLOGÍA: WEBER Y LA MODERNIDAD

COLOQUIO DE SOCIOLOGÍA: WEBER Y LA MODERNIDAD.

UAM-AZCAPOTZALCO

FEBRERO DE 2026

RONDA DE PREGUNTAS

EXPONENTE: DRA. ADRIANA AGUAYO AYALA



Estimada, permítame abordar su pregunta desde una perspectiva antropológica, desglosando los ejes que usted misma ha planteado con agudeza. Como antropóloga, mi labor es observar al homo sapiens no solo como un ser biológico, sino como un animal simbólico que teje su existencia en un entramado de significados compartidos. La cuestión que plantea toca el nervio central de nuestra disciplina: la relación entre la conciencia de la muerte y la invención de la cultura.

Para las antiguas culturas, la muerte no era un muro, sino un umbral. Tomemos como ejemplo las civilizaciones mesoamericanas. Para los mexicas, la muerte (Mictlán) no era un castigo, sino una fase más de un ciclo cósmico. El viaje del alma era un recorrido de cuatro años a través de nueve niveles, un trayecto que requería acompañamiento ritual: desde el guerrero que moría en combate y acompañaba al sol, hasta la mujer que fallecía en parto y se convertía en deidad. La muerte no era la negación de la vida, sino su continuación en otro registro.

En el antiguo Egipto, la muerte era el inicio de la existencia verdadera. La momificación, el Libro de los Muertos y la arquitectura funeraria no eran un adorno; eran tecnología espiritual para garantizar que el ka (fuerza vital) no se dispersara. La vida terrenal era un breve prólogo; la eternidad, el texto principal.

En la Grecia clásica, aunque el Hades era sombrío, el rito fúnebre era sagrado (la prothesis, la ekphora). La polis se sostenía en el culto a los antepasados. Negar la sepultura, como en el caso de Antígona, era un acto de barbarie porque se le negaba al muerto su lugar en la continuidad del linaje y la comunidad.

En estos sistemas, el rito cumplía una función ontológica: integraba al individuo en una cadena que trascendía su finitud. El impulso religioso no era una superstición accesoria, sino la matriz donde se forjaba el sentido. El tiempo era cíclico o teleológico, pero nunca un simple “ahora” desechable.

Lo que usted denomina “pérdida del sentido del rito” es, en términos antropológicos, el proceso de secularización y desencantamiento del mundo (Weber). Cuando la modernidad coloca al individuo como centro, y la ciencia positivista como único método válido de conocimiento, el continuum entre vida y muerte se rompe.

La muerte deja de ser un pasaje para convertirse en una cesación biológica incómoda, algo que debe ser escondido en hospitales y funerarias, lejos del espacio doméstico.

Al negar la trascendencia, el ser humano queda desposeído de su mayor herramienta para soportar el absurdo: la esperanza. Usted menciona con precisión que la esperanza es “espera”, construcción de un camino. En las culturas arcaicas, el mito y el rito proporcionaban esa arquitectura temporal. Sin ella, el tiempo se aplan.

Nietzsche intentó, con su superhombre, llenar ese vacío con la voluntad de poder y el amor fati (amor al destino). Sin embargo, como usted bien apunta, sin un horizonte que trascienda lo inmanente, el superhombre se convierte, en su versión vulgarizada, en un mero gesto de autoafirmación que no puede sostenerse como estructura cultural colectiva. Termina siendo el eslogan del emprendedor, no un camino de salvación.

Vivimos en lo que el antropólogo Marc Augé llamó “no-lugares”: aeropuertos, centros comerciales, redes sociales. Espacios donde la identidad es solitaria y contractual. La tecnología y el utilitarismo se han convertido en el nuevo metarrelato.

Pero un smartphone no es un rito; una red social no es una comunidad de almas (una *communitas*, diría Victor Turner); es una agregación de soledades que buscan validación inmediata.

La pregunta “¿somos más felices?” es fundamental. La felicidad premoderna no era un estado hedónico (placer), sino eudaimónico (florecimiento dentro de un orden). Los dioses otorgaban temor, sí, pero también cobijo. La ilusión y la fantasía eran espacios reales: los sueños, las posesiones, los oráculos. Al eliminarlos bajo la daga del racionalismo instrumental, no hemos eliminado la angustia, solo hemos eliminado el lenguaje para procesarla.

La constante insatisfacción que usted señala es, desde la antropología, el resultado de un *ethos* basado en la acumulación y la obsolescencia. Si nada trasciende, todo se vuelve mercancía, incluido el yo. La inmediatez de lo desechable es el correlato de una vida que se concibe a sí misma como desechable.

Usted sostiene que la salida no es un retorno místico ni la resurrección de dioses muertos. Estoy de acuerdo. La nostalgia arqueológica es estéril. Sin embargo, el síntoma más honesto de nuestro estado lo encontramos en el arte contemporáneo.

Ya no buscamos en él la catarsis, la belleza o la elevación espiritual (lo bello como reflejo de lo divino). El arte actual, en su forma más sincera, es deconstrucción, ruina, espejo de nuestro laberinto.

Como dice usted, el arte ya no consuela; nos muestra el vacío. Y ahí reside una paradoja: al mostrar el laberinto, al no taparlo con falsos cielos, el arte se convierte en un rito laico de veracidad. No es la respuesta, pero es el único lugar donde aún se permite nombrar la pregunta sin recurrir a la solución técnica.

Y es aquí donde su hipótesis final resulta escalofriante: la tecnología no nos va a devolver el sentido, va a regular la ausencia de sentido. Los chips cerebrales, los neurotransmisores sintéticos, son el último paso del positivismo: si no puedes encontrar el significado de la vida, estimula la corteza prefrontal para que la falta de significado no te duela. Es la farmacologización de la existencia, el intento de resolver con ingeniería lo que antes se resolvía con cosmogonía.

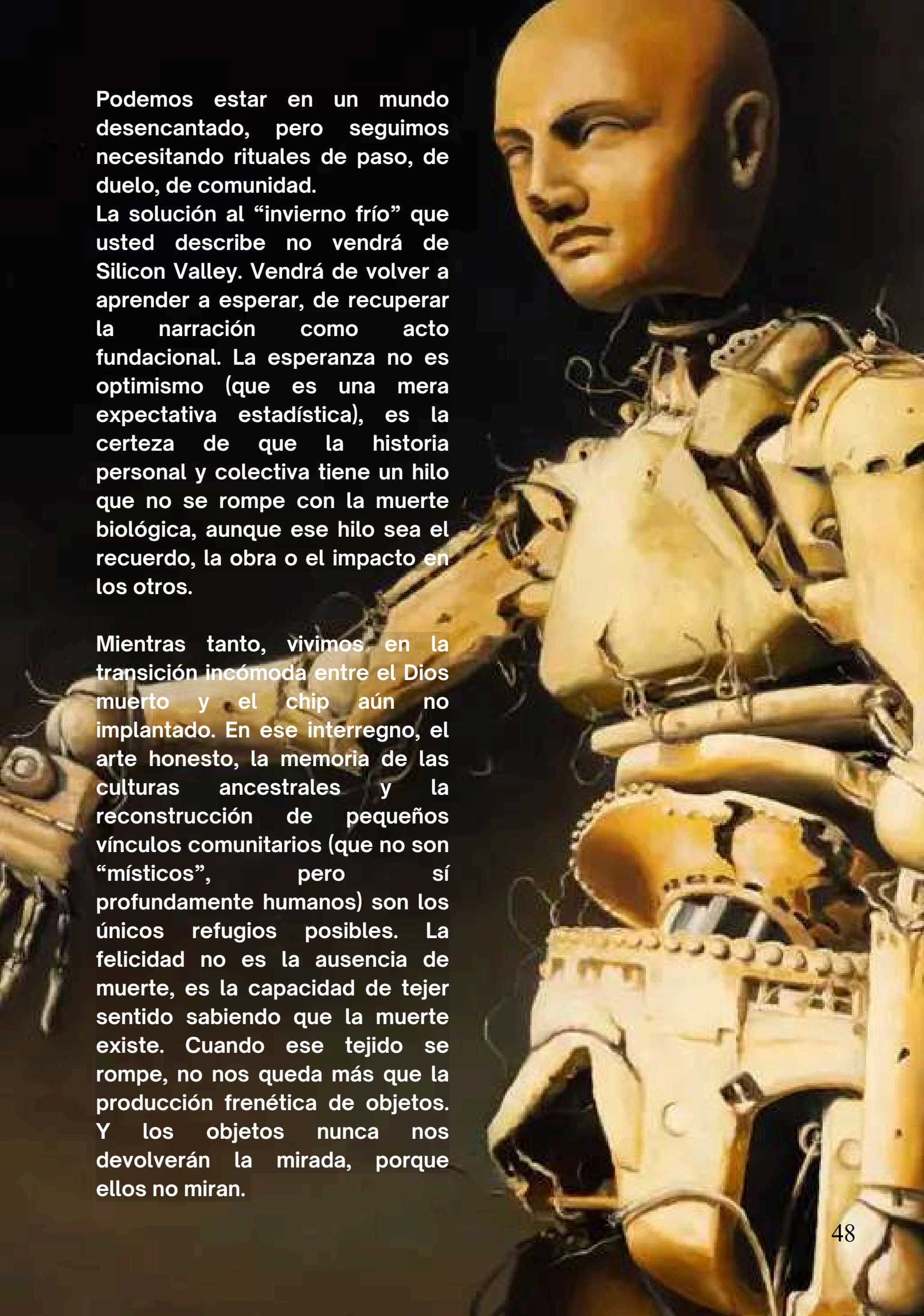
-Doctora, ¿hay salida?

La salida, desde mi perspectiva antropológica, no está en un nuevo dios ni en un arte complaciente. Está en recuperar la capacidad de rito sin necesidad de la creencia dogmática. El rito, en su esencia, es una acción que dota de espesor al tiempo.

Podemos estar en un mundo desencantado, pero seguimos necesitando rituales de paso, de duelo, de comunidad.

La solución al “invierno frío” que usted describe no vendrá de Silicon Valley. Vendrá de volver a aprender a esperar, de recuperar la narración como acto fundacional. La esperanza no es optimismo (que es una mera expectativa estadística), es la certeza de que la historia personal y colectiva tiene un hilo que no se rompe con la muerte biológica, aunque ese hilo sea el recuerdo, la obra o el impacto en los otros.

Mientras tanto, vivimos en la transición incómoda entre el Dios muerto y el chip aún no implantado. En ese interregno, el arte honesto, la memoria de las culturas ancestrales y la reconstrucción de pequeños vínculos comunitarios (que no son “místicos”, pero sí profundamente humanos) son los únicos refugios posibles. La felicidad no es la ausencia de muerte, es la capacidad de tejer sentido sabiendo que la muerte existe. Cuando ese tejido se rompe, no nos queda más que la producción frenética de objetos. Y los objetos nunca nos devolverán la mirada, porque ellos no miran.



HACIA UNA PEDAGOGÍA DE LA FINITUD

ALFREDO FURLAN



Desde sus orígenes, la educación ha sido concebida como el arte de preparar para la vida. Desde las primeras civilizaciones hasta las complejas sociedades contemporáneas, la escuela se erigió como el templo donde se forjan las herramientas para enfrentar el mundo: habilidades técnicas, pensamiento crítico, socialización y valores. Sin embargo, existe una paradoja fundamental que rara vez se aborda en las aulas: nos empeñamos en enseñar a vivir, pero silenciamos sistemáticamente la única certeza que acompaña a la existencia: la muerte.

Como profesionales de la pedagogía, nos enfrentamos a una contradicción ética. Formamos a niños y jóvenes para que sean resilientes ante los desafíos laborales, para que resuelvan ecuaciones, para que comprendan la historia de las guerras, pero los dejamos desarmados ante la finitud. La muerte, ese “destino” del que hablaba Heidegger como el horizonte insoslayable del ser, es tratada como un tabú, un accidente o un fracaso del sistema médico, en lugar de ser integrada como una dimensión natural de la existencia.

Esta omisión no es neutral; tiene consecuencias profundas en la salud emocional de las comunidades educativas y, quizás de manera más alarmante, en la capacidad de los individuos para detectar el sufrimiento extremo que, en ocasiones, deriva en tragedias como los ataques violentos en entornos escolares. La pedagogía tradicional se ha enfocado en la preparación para un futuro productivo. La muerte irrumpe como un disonante en esa narrativa de progreso. No enseñamos a morir porque asociamos la muerte con la oscuridad, el trauma o la patología. En la educación básica, cuando un estudiante o un docente fallece, se activan protocolos de contención emocional que suelen ser reactivos y breves. Pero rara vez existe un currículo que, de manera preventiva y formativa, explore el duelo, la pérdida o el sentido de la trascendencia. Ignorar la muerte en las aulas equivale a dejar a los estudiantes a merced de las versiones más crudas y distorsionadas de ella: la glorificación de la violencia en los medios de comunicación, la cosificación de la muerte en los videojuegos o el silencio abrumador que genera angustia. Una educación que omite la reflexión sobre el final de la vida forma ciudadanos que llegan a la edad adulta sin herramientas para

gestionar el duelo propio o ajeno, y, lo que es más grave, sin la capacidad de reconocer en sí mismos o en sus pares el dolor existencial que puede preceder a la violencia autoinfligida. Introducir la muerte como un tema pedagógico, adaptado al desarrollo cognitivo y emocional de los estudiantes, ofrece ventajas sustanciales. En primer lugar, fomenta la inteligencia emocional y la resiliencia. Hablar de la muerte de manera natural, a través de la literatura, la filosofía para niños, la historia o las ciencias naturales, desestigmatiza el dolor. Los niños aprenden que la tristeza, la pérdida y la ansiedad ante lo desconocido son parte del espectro humano, lo que reduce la vulnerabilidad al aislamiento emocional. En segundo lugar, sensibiliza contra la violencia. Cuando se trabaja el valor de la vida desde la conciencia de su fragilidad, se construye una ética del cuidado. Programas educativos que incluyen reflexiones sobre el duelo, el respeto por los cuerpos y la gestión de la ira han mostrado disminuciones en las tasas de acoso escolar (bullying). Un estudiante que comprende que la muerte no es un juego ni una solución estética, sino una pérdida irreversible, es menos propenso a cosificar la violencia. En tercer lugar, previene la radicalización del sufrimiento.

Muchos de los ataques contra instituciones educativas en diversos países han sido perpetrados por jóvenes que manifestaban, mucho antes de los hechos, un profundo sentido de nihilismo, exclusión y una obsesión mórbida no canalizada. Una educación que incluya espacios seguros para hablar sobre el miedo a la muerte, el sentido de pertenencia y la desesperanza podría funcionar como una válvula de alerta temprana. El abordaje pedagógico de la muerte no es una cura milagrosa, pero sí un contexto donde el sufrimiento existencial puede ser detectado y acompañado por profesionales antes de que derive en catástrofes.

El principal argumento en contra de abordar la muerte en la educación básica es el riesgo de traumatización o iatrogenia. Si el tema se introduce sin la debida formación docente, con un enfoque sensacionalista o sin la profundidad filosófica necesaria, podría generar ansiedad en lugar de alivio. Un niño pequeño, por ejemplo, no procesa la muerte de la misma manera que un adolescente; un abordaje inadecuado podría provocar trastornos de sueño, miedos irracionales o fijaciones mórbidas. Otro riesgo es que, en contextos de alta violencia social (como ocurre en países con presencia de

crimen organizado o conflictos armados), hablar de la muerte sin un acompañamiento psicosocial adecuado podría revictimizar a los estudiantes que ya han sufrido pérdidas traumáticas. La escuela no puede sustituir la terapia clínica; si se implementa un currículo sobre la muerte sin los recursos de salud mental suficientes, se corre el peligro de abrir heridas sin saber cómo cerrarlas.

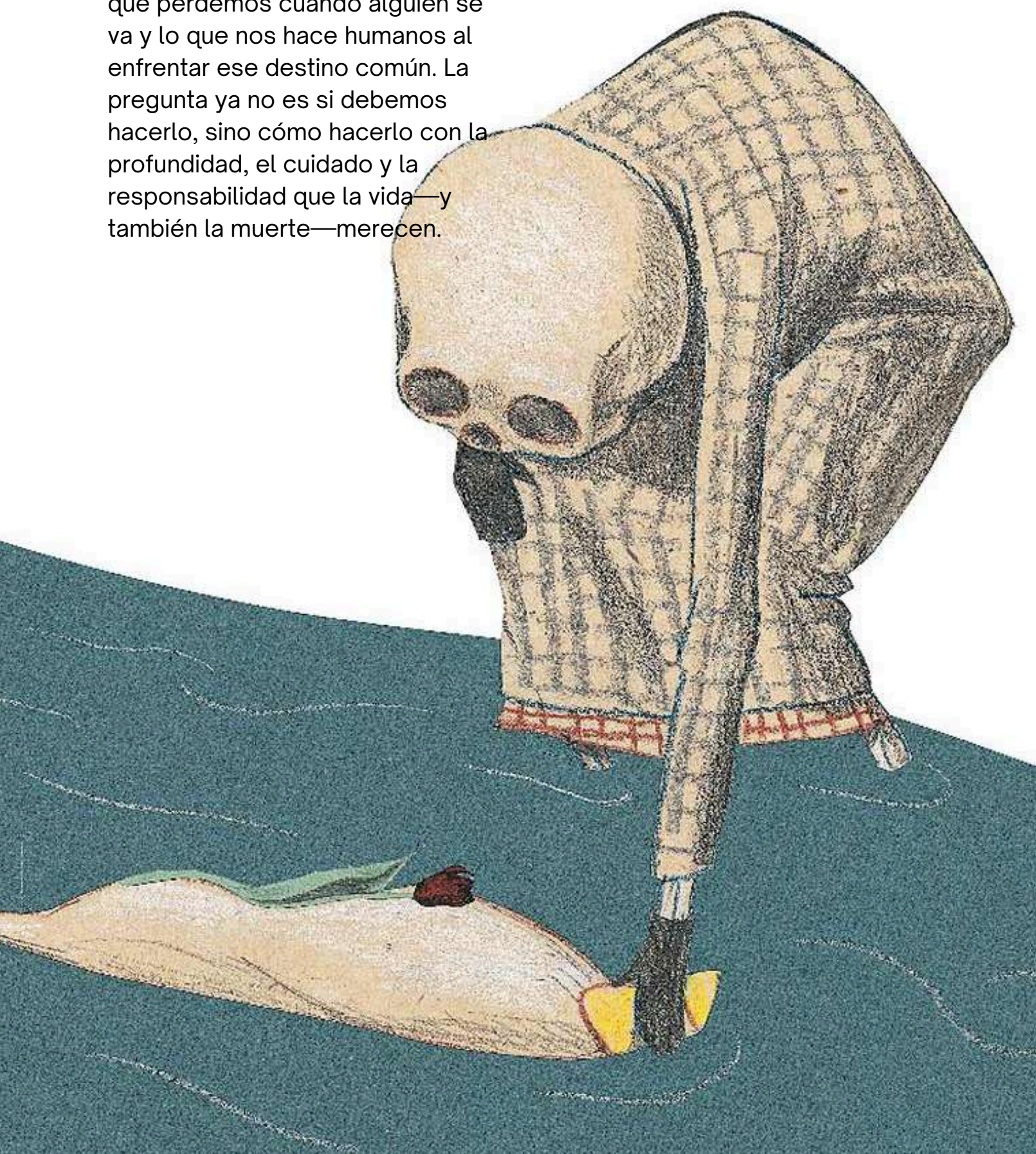
Además, existe la preocupación de que, en lugar de sensibilizar, ciertos enfoques podrían normalizar la violencia. Si la muerte se presenta de manera fría o meramente biológica, sin un componente ético profundo, algunos estudiantes con tendencias disruptivas podrían interpretarlo como una legitimación de la crueldad. Por ello, la didáctica de la muerte exige una cuidadosa selección de contenidos, metodologías activas y, sobre todo, docentes altamente capacitados en mediación emocional.

Cuando analizamos los trágicos eventos de ataques contra estudiantes y personal docente en países como Estados Unidos, México o Brasil, observamos un patrón común: los perpetradores suelen ser jóvenes que experimentaban un profundo aislamiento, una incapacidad para procesar el rechazo social y, en muchos casos, una idealización de

la muerte como herramienta de notoriedad o venganza. Frente a esto, la pregunta central es: ¿una educación que aborde la muerte ayudaría a prevenir estos ataques? La evidencia de la pedagogía preventiva sugiere que sí, pero no de manera aislada. Incluir la muerte como tema transversal en ética, literatura y formación cívica contribuye a dismantelar la fantasía de omnipotencia que a menudo rodea a la violencia armada. Ayuda a que los jóvenes desarrollen empatía al ponerse en el lugar de la víctima y al comprender el peso real de quitar una vida. Además, crea canales de comunicación donde el dolor existencial puede ser verbalizado en lugar de actuado. Sin embargo, si este abordaje se hace de forma improvisada, sin un enfoque de derechos humanos y sin una red de apoyo psicológico en las escuelas, podría intensificar el sentimiento de vulnerabilidad o, en casos extremadamente raros, proporcionar un “escenario” para que estudiantes con graves trastornos de conducta exploren obsesivamente el tema sin la supervisión adecuada. La clave está en que no se trata de enseñar “sobre la muerte”, sino de enseñar a vivir con la conciencia de la finitud, lo cual es radicalmente distinto. Un profesional de la pedagogía debe defender que la educación integral no puede seguir

escindiendo la vida de la muerte. Ocultar esta última no la hace desaparecer; la vuelve inmanejable. La educación básica tiene la oportunidad y la responsabilidad de formar personas capaces de enfrentarse a la existencia con plenitud, y eso incluye comprender que el final forma parte del viaje. Las ventajas de abordar la muerte —sensibilización, prevención del acoso, desarrollo de resiliencia y creación de espacios de contención—superan los riesgos, siempre que se implemente con rigor ético, formación docente especializada y trabajo colaborativo con familias y psicólogos. La desventaja principal (el riesgo de traumatización) es un llamado a la prudencia metodológica, no a la omisión. En cuanto a la violencia escolar, sostengo que una educación que integra la muerte como parte del diálogo existencial es una de las herramientas más poderosas para prevenirla. No porque hable de ella de manera explícita y recurrente, sino porque al hacerlo, valida el sufrimiento, enseña a pedir ayuda y desarticula la narrativa de que la violencia es un camino legítimo para ser visto o para dejar de sufrir. En conclusión, la educación no puede seguir siendo una preparación para la vida que excluye la muerte. Si queremos escuelas seguras y estudiantes emocionalmente sanos, debemos

tener el valor pedagógico de sentarnos con ellos a reflexionar sobre lo que significa estar vivos, lo que perdemos cuando alguien se va y lo que nos hace humanos al enfrentar ese destino común. La pregunta ya no es si debemos hacerlo, sino cómo hacerlo con la profundidad, el cuidado y la responsabilidad que la vida—y también la muerte—merecen.



MANIFIESTO: MÁS ALLÁ DEL MARGEN

Prometeo desafió a los dioses y robó el fuego para entregárselo a la humanidad. No fue un acto de insolencia, sino una afirmación trágica de amor por lo humano, por su dignidad y su potencia creadora. En La Sombra de Prometeo, ese fuego no es sólo símbolo de conocimiento, sino una llamada urgente a la emancipación del pensamiento, a la rebelión de la inteligencia contra los dogmas de la época. La sombra que lo acompaña no es ausencia de luz: es el espacio fértil donde arden las ideas marginadas, las voces incómodas, los saberes que se atreven a pensar más allá de lo permitido.

No pretendemos repetir fórmulas, sino abrir grietas... grietas donde irrumpen autores que, por su originalidad, han sido relegados. Voces que no encajan, que desbordan, que vibran con un fuego propio. A ellos —a quienes escriben desde la orilla, desde el margen, desde la diferencia— les damos el lugar que les corresponde: el centro del fuego.

Aquí también confluyen autores de trayectoria, porque creemos en el diálogo entre la experiencia y la innovación, entre la raíz y el salto. Somos un crisol en combustión, donde las ideas se mezclan y se transforman, fundiendo filosofía, literatura, arte, historia, ciencia, psicología, medicina, matemáticas y física en una sola llama.

Porque el fuego no se contiene: fluye, muta, resiste. Queremos llegar a todos los rincones donde haya una mente dispuesta a incendiar sus certezas.

No somos neutros, pero tampoco pretendemos imponer. En nuestras páginas convivirán ideas con las que no coincidimos, textos que no nos representan. Publicamos lo que nos incomoda porque creemos, como Georges Bataille, que “vamos a golpear con la cabeza el borde de los límites”. Porque todo lo que importa sucede justo ahí: en el filo, en la frontera, en el temblor del pensamiento cuando se atreve a cruzar.

Nuestra visión es global: aspiramos a construir una comunidad internacional de creadores, pensadores y escritores que compartan nuestra sed por el conocimiento, nuestra pasión por lo que no tiene nombre aún. Queremos ser faro y campo de batalla. Un lugar donde las ideas no sólo reflejen el mundo, sino que lo empujen más allá.

Rechazamos el pensamiento decorativo, las repeticiones vacías, el discurso ideológico que clausura y moraliza. Estamos cansados de las trincheras. Nos mueve lo que provoca, lo que seduce, lo que rasga. Queremos pensamiento que arda, literatura que sangre, ciencia que dude.

Somos una llama en la sombra. Una insurgencia intelectual. Un llamado a los que piensan distinto, a los que no temen el vértigo, a los que han sentido que el mundo necesita ser pensado de nuevo, desde sus escombros. Aquí caben todos los que aún creen que una idea puede incendiar una época.

Esta es nuestra promesa, nuestra misión y nuestro riesgo.

Pensar más allá del margen.

LA SOMBRA DE PROMETEO



REVISTA

LA SOMBRA DE PROMETEO

